





# BIANCA

TIEMPO DE AMAR

Carole Mortimer

# CANCIÓN DE SEDUCCIÓN

# Canción de seducción

January Calendar era como la Cenicienta, siempre ayudando a sus hermanas y esperando al Príncipe Azul. Max Golding pensaba que January era demasiado fría con él, y estaba decidido a derretir su corazón de hielo.

Sin embargo, January sospechaba que el millonario abogado quería arrebatarles la tierra de su familia, y que para ello deseaba llevársela a la cama. Pero Max era muy atractivo e irresistiblemente encantador. ¿Sería tan terrible si January no regresara a casa antes de medianoche... y se quedara con Max?

¿Una cita con el diablo?

## Capítulo 1

¿ME PERMITES que te invite a una copa? Sentada en la barra bebiendo soda, disfrutando del merecido descanso tras una hora cantando, January se giró para rehusar la invitación amablemente. Hasta ver al hombre que se la hacía. Era él, el hombre que había estado sentado al fondo del bar del hotel mientras ella tocaba el piano y cantaba, el hombre que la miraba con tal intensidad, que era imposible no percatarse de su presencia.

Hubiera debido rechazar la invitación. Había aprendido a mantener las distancias con los clientes del prestigioso hotel, gente que estaba allí sólo de paso. Su hermana May le habría recomendado que se acordara de lo ocurrido en la granja el año anterior. Y January se acordaba. Demasiado bien. Y March le habría recordado que confiar en la gente sólo por la apariencia no traía más que problemas.

—Me encantaría, gracias —contestó January en cambio, aceptando la invitación con voz ronca.

El hombre inclinó cortésmente la cabeza y le pidió a John, el barman, una botella de champán. Luego le cedió el paso y la guió a su mesa en el rincón del lujoso bar adornado para Navidad. La gente los miró al pasar. January vio los reflejos de ambos en uno de los espejos de las paredes. Ella alta y esbelta, con el vestido negro de noche que utilizaba para salir a escena y cantar, los cabellos castaños sueltos y los ojos de un verde grisáceo misterioso. Él, caminando con seguridad tras ella, alto, moreno y guapo, con un traje de etiqueta negro y camisa blanca inmaculada, la mirada profunda y los ojos de un azul cobalto indescifrable.

Eran aquellos ojos, de mirada intensa y atractiva, lo que había llamado la atención de January nada más empezar a cantar. Los mismos ojos que contemplaban en ese momento el balanceo de sus caderas al caminar.

January se sentó en uno de los sillones que rodeaban la pequeña mesa, y sólo entonces él tomó asiento frente a ella. Sin dejar de mirarla.

—¿Champán? —preguntó January minutos más tarde, cuando se hizo evidente que él no iba a hacer ningún esfuerzo por charlar, contentándose con mirarla.

—Al fin y al cabo es Noche Vieja —contestó él escueto.

Aquél era el fin de la conversación, comprendió January

segundos más tarde al ver que él no añadía nada más. Quizá no hubiera debido aceptar la invitación.

—Sí, así es —comentó January.

John se acercó con dos copas y una botella de champán metida en una cubitera de hielo. Abrió la botella, miró a January con un gesto especulativo y se marchó. Sabía que ella jamás se acercaba a los clientes, y debía extrañarle que hiciera una excepción. También le extrañaba a ella.

—January —dijo ella decidida volviéndose al desconocido.

El hombre sonrió débilmente y se inclinó para servir las copas.

—Sí, enero suele seguir siempre a diciembre —contestó él.

—No, no era eso lo que pretendía decir —sacudió ella la cabeza sonriente—. Mi nombre es January.

—Ah —sonrió él—. Max.

No era precisamente un gran conversador, decidió January escrutando su rostro. Debía ser uno de esos hombres fuertes y silenciosos; un hombre que sólo abría la boca cuando tenía algo importante que decir.

—¿Diminutivo de Maximillian?

—De Maxim. Mi madre era una gran lectora, tengo entendido —añadió él con un gesto de mal humor.

—¿Es que no lo sabes? —preguntó ella abriendo inmensamente los ojos.

—No.

Evidentemente aquel tema era delicado.

—¿Estás aquí por asuntos de negocios, Max? —preguntó ella con curiosidad.

Después de todo era Noche Vieja, un momento que la mayor parte de la gente celebraba en familia.

—Algo así —asintió él tenso—. ¿Trabajas en el hotel todas las noches, o sólo en Noche Vieja?

—Trabajo las noches de los jueves, viernes y sábados.—Y como hoy es viernes...

—Sí —confirmó January—. Escucha, me temo que tengo que volver a trabajar dentro de unos minutos...

—Te esperaré hasta que termines —asintió él.

Él no había bebido una gota de champán, sencillamente miraba a January con aquellos ojos profundos sin tan siquiera parpadear. Ella había aceptado la invitación dejándose llevar por un impulso, movida quizá por la curiosidad. Pero se arrepentía. Resultaba terriblemente incómodo que la observara de esa manera. January

sacudió la cabeza y contestó:

—No, gracias.

Acto seguido sonrió, tratando de restarle importancia a sus palabras. Después de todo él era cliente del hotel, y ella no era más que una empleada.

—Por lo general termino a la una y media de la madrugada o las dos, según la gente que haya, pero esta noche, como es Noche Vieja, no termino hasta las tres.

Serían las cuatro de la madrugada cuando llegara a casa, y a esas horas estaría tan agotada y alterada que ni siquiera podría dormir. Así que esperaría a que se levantaran sus hermanas a eso de las seis de la madrugada. No es que fuera lo ideal, pero January sabía que tenía suerte de haber encontrado un empleo tan cerca de casa.

—Aun así esperaré —contestó Max. January frunció el ceño perpleja. Ésa era precisamente la razón por la que siempre se había mostrado educada pero distante con los clientes del hotel.

¿Por qué había hecho una excepción con aquel hombre?

January sintió un escalofrío recorrerle la espalda. ¿De placer, o de aprensión? Él la observaba de arriba abajo con sus profundos ojos azules, deteniéndose en los hombros desnudos, en los pechos, en la cintura de avispa. Sentía casi como si la tocara con sus dedos largos y elegantes.

—Esperaré —repitió él en voz baja—. Después de todo, ¿qué más dan unas cuantas horas más? —añadió Max enigmáticamente.

Resultaba inquietante. Tanto, que January sintió un cosquilleo en el estómago. Recordaba las recientes noticias del periódico acerca de mujeres que habían sido atacadas últimamente durante la noche. Y no era porque aquel hombre, que evidentemente gozaba de una buena posición social y económica, pareciera el Asaltante Nocturno, tal y como lo llamaban por la televisión. Aunque, en realidad, ¿qué aspecto tenía un asaltante? Seguramente el verdadero asaltante tenía un aspecto normal y corriente de día, sólo de noche se convertía en un monstruo. Y ella no creía que...

—Dime, January... —preguntó Max inclinándose hacia delante y mirándola a los ojos con una expresión indescifrable—, ¿crees en el amor a primera vista?

Ante lo inesperado de la pregunta, January dejó la copa de champán sobre la mesa con movimientos deliberadamente lentos y cautos. ¿Adonde habían ido a parar las cortesías habituales entre personas que apenas se conocían?, ¿qué había sido de las preguntas

típicas, como: «¿qué tal?», «¿a qué te dedicas cuando no tocas el piano?» ¿Cómo era posible pasar directamente a preguntar si creía en el amor a primera vista? La respuesta, indudablemente, era no. January adoptó un gesto burlón y contestó:

—En una palabra, no. Creo en la atracción sexual a primera vista, quizá. ¿Pero en el amor? Imposible, ¿no te parece?

—Era yo quien preguntaba —contestó él sin parpadear siquiera.

—Y yo te he dicho que no —dijo ella nerviosa, comenzando a enfadarse—. ¿Cómo puede nadie enamorarse de alguien al que ni siquiera conoce?, ¿qué pasa cuando descubre todas esas molestas costumbres que no conocía al principio? Como por ejemplo apretar el tubo de la pasta de dientes por en medio, dejar el periódico hecho un asco después de leerlo, andar descalzo…

—No hace falta que sigas, January —la interrumpió él seco, con un brillo cálido en la mirada de intenso azul—. ¿Me estás diciendo que tú haces todas esas cosas?

¿Era eso? Bueno, sí. Lo del tubo de la pasta de dientes ponía a March a cien. Y May siempre se estaba quejando del estado en que encontraba el periódico. Y en cuanto a lo de andar descalza… era algo que hacía desde que era pequeña, aunque fuera poco práctico en una granja. En una ocasión había caminado sobre un montón de madera y había acabado clavándose un clavo. E inmediatamente había tenido que acudir al hospital a ponerse la inyección contra el tétanos. En otra ocasión había pisado el carbón de una hoguera, y de nuevo había tenido que ir al hospital.

—Siempre me han asegurado que el amor es ciego para esas cosas —añadió Max al ver que ella callaba—. Después de todo nadie es absolutamente perfecto.

January tenía la sensación de que él sí lo era. Intuía que jamás apretaba el tubo de pasta de dientes por el centro, que jamás dejaba el periódico hecho un asco ni andaba descalzo. No, todo lo que hacía aquel hombre estaba bien meditado, cuidadosamente pensado y planeado. Sin tacha. Aunque quizá precisamente en eso radicara su fallo…

January no comprendía por qué daba tanta importancia a aquella pregunta. Sencillamente era ridículo sugerir que alguien pudiera enamorarse sólo por el aspecto.

—Puede ser, Max, pero a pesar de todo cientos de parejas se divorcian cada año alegando incompatibilidad de caracteres, debido al «comportamiento irracional» de uno de los dos —concluyó January.

—No creo que con eso se refieran a la forma de apretar el tubo de la pasta de dientes —sonrió Max esa vez calurosamente.

—No, probablemente —contestó ella encogiéndose de hombros —, pero a pesar de todo creo que he contestado a tu pregunta.

Lo que no acababa de comprender era por qué se la había hecho. No volvería a aceptar ninguna invitación de ningún cliente del hotel. Por atractivo y misterioso que resultara.

—Sí, así es. Y tengo que decirte, January, que es muy poco frecuente encontrar a una mujer con un punto de vista tan sincero acerca de lo que la gente prefiere llamar románticamente amor.

January lo miró cauta. No creía haber expresado con ello su opinión acerca del amor.

—¿Te parece?

—Sí, lo es —confirmó él—, pero...

—January, lamento interrumpirte —se disculpó John, el barman, acercándose a la mesa.

—En absoluto —contestó ella volviéndose hacia él aliviada—. ¿Ya es hora de volver a cantar? —añadió esperanzada.

—Me pareció conveniente venir a decirte que Meridew está otra vez de ronda por el bar —advirtió John refiriéndose al director del hotel, que acababa de entrar y miraba críticamente a su alrededor.

January no era una empleada del hotel estrictamente hablando, pero eso no impedía que Peter Meridew tuviera con ella unas palabras si lo creía conveniente. Ella no sabía cuál sería su actitud ante aquellas circunstancias porque jamás había tomado una copa con un cliente, pero quizá entrara dentro de lo que el director del hotel consideraba inadecuado. Fuera como fuera, necesitaba demasiado aquel empleo como para arriesgarlo por culpa de un hombre al que ni siquiera volvería a ver.

—Gracias, John —sonrió January volviéndose hacia Max—. Ahora sí que tengo que irme.

—¿Quieres que hable yo con él? —se ofreció Max.

—¿Con el director? ¡No, claro que no! —exclamó January molesta—. De todos modos es hora de volver a cantar.

—Esperaré aquí a que termines —asintió Max.

January abrió la boca para protestar por tercera vez, pero luego lo pensó mejor. ¿De qué serviría? Además, podía perfectamente escabullirse de aquel hombre en cuanto terminara su turno. Se puso en pie y añadió:

—Gracias por el champán.

—De nada —asintió él.

January fue consciente de su observadora mirada mientras cruzaba el bar en dirección al piano. Max no sabía nada de ella, sólo su nombre. Hubiera debido verla a las seis de la madrugada, cubierta de barro, vigilando el primer turno de ordeñar a las vacas de la mañana.

¿Qué diablos estaba haciendo?, se preguntó Max sin dejar de hacerse reproches. ¿Acaso trataba de ahuyentar a aquella mujer antes incluso de conocerla? O, más importante aún, antes de que ella tuviera oportunidad de conocerlo a él. Si era eso, el éxito estaba garantizado.

Max no quería en absoluto hacer aquel viaje de negocios. Hubiera preferido quedarse donde estaba hasta después de Año Nuevo. Hubiera preferido seguir flirteando, aunque sin éxito, con la actriz April Robine, una mujer al menos diez años mayor que él, que tenía treinta y siete, pero que aparentaba veinte menos.

Sin embargo su amigo y jefe había recalcado vehementemente que necesitaba terminar aquellas negociaciones cuanto antes, y al fin y al cabo era su trabajo. De nada servía que de hecho a Jude le importara tanto April Robine como a él, aunque probablemente él tuviera más suerte. Sí, conocía a April lo suficiente como para saber que Jude tendría más suerte. La conocía demasiado bien.

¿Y cómo iba él a saber que una sola noche en el bar del hotel en el que se hospedaba borraría a April por completo de su mente?, ¿cómo adivinar que una sola noche bastaría para borrar a cualquier mujer de su mente, que aquella noche conocería a la mujer que necesitaba poseer?

Bueno, sólo temporalmente. Para ser sinceros, no había una sola mujer en el mundo a la que Max deseara tener a su lado de modo permanente. Por preciosa que fuera. Y January era increíblemente preciosa.

Era perfecta. De la cabeza a los pies: de los cabellos de ébano a los delicados pies, calzados con aquellas ridículas sandalias. Tan perfecta que había sido incapaz de apartar los ojos de ella, tan perfecta que apenas había podido pronunciar palabra en su presencia. Excepto para preguntarle si creía en el amor a primera vista...

Y quedarse de piedra, aunque agradablemente sorprendido, al oír su respuesta. Lo cierto era que se había quedado de piedra desde el primer instante de verla. Se sentía como si le hubieran dado un puñetazo en el estómago. Sobre todo después de oír su voz sexy, de hablar con ella, de mirarla de cerca... ¡Y en cuanto a su cuerpo...!

Quizá fuera mejor no pensar en la maravilla de su cuerpo en ese momento. Después de todo ni siquiera era medianoche, lo cual significaba que faltaban aún por lo menos tres horas para sacarla de allí.

Aquellas fueron las tres horas más largas de su vida, pensó Max mientras escuchaba a January cantar la última canción. No había tenido oportunidad de acercarse a ella al dar las campanadas de medianoche. Max había tenido que conformarse con observarla de lejos durante la cuenta atrás. January estaba rodeada de gente, en su mayoría hombres. Max hubiera querido darles a todos un puñetazo al verlos pedirle un beso por Año Nuevo.

Durante el siguiente descanso el director del hotel había reclamado la presencia de January. Los dos habían estado hablando amistosamente hasta que llegó la hora de January de volver al piano. Y mientras tanto Max Seguía sentado en la misma mesa, mirándola frustrado. Cosa que ella no se había molestado siquiera en hacer.

¿Deliberadamente? No sería de extrañar, después de haberla abordado él de aquella manera. ¡Cómo se habría reído Jude, su jefe y amigo, de él! O mejor aún, habría tratado de flirtear con January. Pero lo mejor era no pensar en ello.

Por lo general a Max no le molestaba que Jude se interesara por la misma mujer que él. Sin embargo sabía que con January era diferente. Sin duda su larga amistad se habría puesto a prueba.

January tenía aspecto cansado cuando al fin terminó de cantar, observó Max acercándose a ella. Y no era que el cambio de horario no lo hubiera afectado a él, pero había dormido toda la tarde y a esas horas estaba desvelado. —¿Adonde vas? —preguntó Max al verla darse la vuelta sin alzar siquiera la vista.

—A casa —repuso January.

—Te dije que te esperaría —le recordó él.

January hizo un gesto de mal humor dispuesta a protestar, pero al ver la expresión decidida de Max se encogió de hombros y contestó:

—Voy un momento a recoger mi bolso y mi abrigo.

—Iré contigo —dijo él resuelto.

—¿Al vestuario de señoras? —se burló ella.

—Bueno, te esperaré fuera.

—De acuerdo —repuso January evidentemente molesta ante tanta insistencia—. Dame unos minutos —añadió antes de desaparecer detrás de una puerta en la que había un cartel que

decía «Sólo Empleados».

Max no sabía cuánto tiempo más podía esperar para estar a solas con ella. La paciencia jamás había sido una de sus virtudes. Pero los minutos fueron pasando sin el menor rastro de ella.

—¿Puedo ayudarlo? —preguntó el director del hotel, Peter Meridew, educadamente.

—¿Hay alguna otra salida de los vestuarios de empleados? —preguntó Max de mal humor.

El director volvió la vista a la puerta, alzó las cejas sorprendido y contestó:

—Sí, claro que la hay. Los vestuarios tienen otra puerta que da a un pasillo, pero... ¿puedo ayudarlo en algo?

—No, a menos que se llame usted January —musitó Max impaciente—, cosa imposible, por cierto.

Ella se había escabullido, estaba seguro. Sabía a ciencia cierta que se había marchado deliberadamente de los vestuarios por la otra puerta. ¿Pero por qué lo sorprendía? Su forma de abordarla horas antes le hacía parecer el típico hombre de negocios aburrido, siempre de viaje, ansioso por compartir la cama aquella noche. ¿Y no era eso lo que era? No, no lo era. Max sabía perfectamente que una sola noche con January no le bastaría. Y en cuanto consiguiera verla la convencería... quizá.

—¿Cómo dice? —preguntó el director del hotel, confuso ante sus murmullos—. ¿Es usted amigo de January?

Max respiró hondo recordando que Meridew había acaparado la atención de January durante el segundo descanso y la había hecho desaparecer de su lado durante el primero nada más presentarse en el bar. Aunque, después de todo, mañana sería otro día, se dijo. Y como casualmente sería sábado, al menos sabría dónde encontrarla.

—No, aún no —contestó Max enigmáticamente—. A propósito, quería felicitarlo por la eficiente gestión del hotel. Yo viajo mucho por negocios, y definitivamente éste es de los mejores hoteles que conozco.

El director del hotel hinchó el pecho orgulloso tal y como Max pretendía. Lo último que quería era ponerle las cosas difíciles a January en su trabajo.

—Es usted muy amable al decirlo.

—En absoluto, resulta refrescante hospedarse en un hotel tan bien gestionado.

—Si necesita mi ayuda durante su estancia aquí, por favor, no dude en llamarme personalmente —se despidió Peter Meridew.

Bien, al menos una persona salía de allí feliz, se dijo Max observándolo marcharse. No podía olvidar la forma en que January se había escabullido de él. Pero si creía que iba a conseguirlo una segunda vez, la esperaba una sorpresa. Una enorme sorpresa.

Capítulo 2

MAY, ¿qué diablos te pasa hoy? —preguntó January preocupada, mirando a su hermana mayor que había roto un plato al recoger la mesa.

May había estado muy callada durante la cena, apenas había intervenido en la conversación que habían mantenido March y January. Las tres hermanas se parecían mucho. Las tres eran altas, morenas, y de piel muy pálida. Lo que tenían más distinto eran los ojos. Los de May, que tenía veintisiete años, eran verdes. Los de March, de veintiséis, eran una mezcla de verde y gris, y los de January, de veinticinco, eran decididamente grises.

Al ser la mayor May había sido siempre la más tranquila, la más atemperada a la hora de enfrentarse a una emergencia.

—¿Sigues cansada aún después de la pantomima? —preguntó January.

May, que se pasaba la vida trabajando única y exclusivamente en la granja, había encontrado hacía varios años su solaz integrándose en el grupo de teatro local. Acababan de representar Aladino por Navidad, y May había hecho el papel principal. Resultaba cansado pero también divertido, con tanto ensayo.18

—Ojalá fuera eso... —comentó May recogiendo los trozos de plato roto—. Hoy hemos recibido una visita.

January se puso tensa de inmediato. Sospechaba quién podía ser. Quizá hubiera resultado fácil escabullirse de Max una noche, pero él no era de los que se dejaban engañar una segunda vez. Era capaz incluso de averiguar su dirección....

—¿Recordáis la carta que recibimos antes de Navidad? —preguntó May—. Ésa de un abogado, en nombre de una empresa americana... Esa en la que querían comprarnos la granja...

—¡Claro! ¡Maldita carta! —exclamó March—. De haber querido vender la granja, habríamos puesto un anuncio.

—Exacto —suspiró May dejándose caer en la silla—. Bien, pues ese abogado ha venido hoy en persona a vernos. O mejor dicho, a verme a mí, porque vosotras no estabais.

January, como era habitual cuando cantaba, había pasado la mayor parte del día durmiendo, y March había aprovechado la fiesta de Año Nuevo al máximo, teniendo en cuenta que trabajaba de nueve a cinco y de lunes a sábado. May era la única que dedicaba todo su tiempo a la granja. El arreglo no era maravilloso precisamente, pero los ingresos de la granja no daban para

mantenerlas a las tres.

—Creí que era una broma —repuso January refiriéndose a la carta.

—Pues no creo que el abogado que ha venido hoy en persona pensara lo mismo —contestó May de mal

19

humor—. De hecho ha ido más lejos aún. Me ha ofrecido una suma desorbitada por la granja.

January abrió la boca atónita, March tragó. Las tres se preguntaban por qué aquel abogado ofrecía una suma que, sin duda, la granja no valía.

—¿Pero qué pretende? —preguntó March.

—Aparte de que nos marchemos inmediatamente, nada —respondió May.

—¡Aparte de...! ¡Pero nosotras nacimos aquí! —exclamó January incrédula.

—¡Pero ésta es nuestra casa! —protestó a su vez March.

—Eso ya se lo he dicho yo, pero no pareció importarle —contestó May encogiéndose de hombros.

—Probablemente porque él vive en un apartamento de lujo —musitó March con disgusto—. No reconocería un hogar ni aunque lo tuviera delante de las narices. No lo invitarías a entrar, ¿verdad?

—No —negó May sacudiendo la cabeza—. Yo estaba fuera cuando llegó. Se presentó, expuso el motivo de su visita, y entonces yo decidí no invitarlo a entrar. Y desde luego su ropa de ejecutivo no era la más apropiada para visitar una granja en el mes de enero. Tenía los zapatos llenos de barro.

~¡Lo echaste de aquí con viento fresco, espero! —exclamó January.

—Mmm —asintió May—. Pero tengo la sensación de que volverá.

—¿Y qué crees que pretende? —siguió preguntando January.

—Es fácil —repuso March—. La empresa a la que representa ese abogado compró hace unos meses las20

tierras de los Hanworth para desarrollar no sé qué, y como nuestra granja está precisamente en medio... me imagino que somos un estorbo.

James Hanworth había muerto hacía seis meses sin dejar esposa ni herederos directos. Y sus parientes lejanos, evidentemente, habían decidido vender.

—¿Por qué no nos lo habías dicho antes? —preguntó May—.

¡No es de extrañar que quieran echarnos!

Sí, no era de extrañar, pensó January. Pero aquella granja había pertenecido a sus abuelos y luego a sus padres, y aunque a veces salir adelante resultaba difícil, vender no era una opción. Aquél era el único hogar que habían conocido jamás.

—Escuchad, ahora tengo que marcharme a trabajar —repuso January—. Hablaremos de esto durante el desayuno, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —asintió May.

—Nadie puede obligarnos a vender —añadió January abrazando a su hermana mayor.

—No —suspiró May—, pero pueden hacérnoslo pasar mal.

—Depende de lo que pretendan —señaló March—. Trataré de enterarme mañana.

—No te metas en problemas —advirtió May con su habitual sentido maternal de protección.

Tras perder a su madre cuando eran muy pequeñas, y al ser la mayor, May había ejercido siempre el papel de madre. Y después de la muerte de su padre el año anterior se lo tomaba aún más en serio.

—Tranquila, May —sonrió March, que siempre había sido la más alegre de las tres.

—Hasta mañana —se despidió January sonriendo.

January subió las escaleras para arreglarse. Aquella noche decidió ponerse otro vestido negro hasta las rodillas de amplio escote y mangas largas terminadas en un puño ajustado a la muñeca. Resultaba extraño llevar aquella doble vida: por la mañana vestía vaqueros amplios, sudaderas, y botas para estar en la granja, y por la noche un vestido elegante para cantar. Parecía incompatible...

De camino al hotel January pensó en el problema de la granja. Evidentemente nadie podía obligarlas a vender, pero también era cierto que podían hacerles la vida imposible. Ellas gozaban del derecho de paso, además del derecho al agua. James Hanworth jamás les había puesto problemas, pero el nuevo propietario, sobre todo siendo una empresa, nada menos, podía no ser tan magnánimo. January estaba tan preocupada por el tema que ni siquiera pensó en Max hasta entrar en el bar y verlo allí, hablando con el barman. El local estaba casi vacío. Por alguna razón January había supuesto que Max se habría marchado. Erróneamente, según comprobaba.

—¡Ah, January! —exclamó Max volviéndose hacia ella con una

sonrisa burlona.

January se dirigió directamente al piano para decidir qué música tocaría esa noche. Él se acercó a escasos centímetros y añadió:

—Creo que anoche hubo una confusión sobre el lugar exacto en el que debíamos encontrarnos, ¿no?

Max no creía nada de eso, sabía perfectamente que ella se había escabullido deliberadamente, pensó January—¿En serio? —preguntó ella alzando la cabeza y sintiendo un escalofrío recorrerle la espalda ante su atractiva presencia, tan cerca.

Realmente aquel tipo resultaba deslumbrante. Negarlo sería engañarse. Era su personalidad lo que le resultaba arrebatadora .

—Sí, prefiero creer eso —sonrió él—. Quizá esta noche lo hagamos mejor.

Trataba de aligerar la situación, de restarle importancia, se dijo January. Pero seguía siendo evidente que Max estaba decidido a pasar algo de tiempo a solas con ella...

—Quizá —contestó ella con naturalidad—. Si me disculpas... Tengo que comenzar la sesión —añadió January a modo de disculpa.

—Claro —contestó él sin ofenderse, apartándose para que pudiera sentarse en la banqueta del piano. Luego se inclinó sobre su oído y añadió—: Esta noche estás aún más guapa que ayer.

January tragó y alzó la cabeza. Su rostro seguía a escasos centímetros del de ella.

—Gracias.

Max se enderezó sin dejar de sonreír y añadió, admirado:

—¡Qué encanto!

—Sí, me gusta creerlo —contestó ella burlándose de su comentario anterior.

Max se echó a reír.

—Tendré una copa preparada para ti en el descanso. John me ha dicho que sueles beber soda.

—El descanso es para relajarme.

—Entonces no te obligaré a pronunciar palabra —prometió él.

Lo malo era que no hacía falta que él abriera la boca para que January estuviera tensa. Sólo el hecho de que la mirara de esa forma la ponía nerviosa.

—Estupendo.

—La última vez que accediste a una invitación mía te escabulliste por la puerta trasera —recordó él.

—Bueno, esta vez no lo haré —aseguró ella impaciente—. ¿De

acuerdo?

—De acuerdo —asintió Max inclinando la cabeza—. A propósito… tienes la voz más sexy que he oído jamás. Tanto al hablar como al cantar —añadió él antes de marcharse.

Aquello había estado mucho mejor, se felicitó Max volviendo a sentarse en la barra. Sí, mucho mejor. Se había mostrado resuelto, pero de buen humor. Lo único que tenía que hacer era seguir así.

¡Seguir así! Nada más ver entrar a January con aquel vestido negro ceñido, mostrando las piernas y el escote, se le había cortado la respiración. Y no reaccionaba así ante una mujer desde la adolescencia. Pero había logrado calmarse, hablar con naturalidad. Aunque se le había escapado eso de la voz sexy. Sí, bien, pero había merecido la pena por ver sus preciosos ojos grises brillar.

A sus treinta y siete años Max había conocido a muchas mujeres bellas y había estado con unas cuantas de ellas, pero eran mujeres de mundo que no se ruborizaban por un halago. Resultaba refrescante saber que January no era tan sofisticada.

¿Cuántos años tendría?, se preguntó Max. Entre veinte y treinta, probablemente. Ni demasiado joven como para hacerlo sentirse culpable, ni demasiado mayor como para no ruborizarse.

—Es una chica fantástica, ¿verdad? —comentó el barman siguiendo la dirección de la vista de Max—. No es tan engreída como otras cantantes que han actuado aquí.

John debía saber muchas cosas acerca de ella. Pero Max prefería averiguarlas por sí mismo, indagar una a una cada una de sus características hasta conocerla por completo. Una vez más Max bendijo su suerte por el hecho de que Jude no estuviera allí ni fuera testigo de su interés por January. Sin duda su jefe se partiría de la risa, observándolo tan embelesado.

Sí, se partiría de risa. Aunque la sonrisa se le borraría del rostro de inmediato al conocer su fracaso en la negociación que lo había llevado de viaje allí, se dijo Max recordando la entrevista de aquella mañana. Había conocido a la mujer más cabezota, más tenaz.... Aunque él tampoco había cedido un ápice. Simplemente el asunto le llevaría más tiempo del que había supuesto. Pero tras conocer a January el retraso carecía de importancia. Sin embargo Max tenía la impresión de que January sería aún más difícil de convencer que la mujer a la que había ido a ver esa mañana a cuenta del negocio.

El bar comenzó a llenarse. Había un grupo de hombres jóvenes y ruidosos, obviamente reunidos en una fiesta exclusivamente masculina, y algunos de ellos observaban a January con

admiración. Max conoció por primera vez los celos. Sólo él podía mirarla. Aunque la idea era ridícula, teniendo en cuenta la carrera de January de cantante. Sin embargo eso no evitaba que sintiera deseos de taparla con la chaqueta.

—Un whisky —pidió Max volviéndose hacia John serio—. Doble.

Uno de aquellos jóvenes se acercó a January para charlar entre canción y canción. John miró a Max extrañado, dejando el vaso de whisky a su lado y diciendo:

—January sabe cuidarse sola.

Vaya consuelo. Max deseaba cuidar de ella. ¡Cuidar de ella! Deseaba abrazarla, llevarla a su suite y hacerle el amor hasta quedar ambos exhaustos. Y volver a empezar.

January reía, parecía relajada en compañía de aquel joven. Pero para Max era sencillamente demasiado, así que cuando el joven se inclinó para besarla en los labios él atravesó el bar, lo agarró de la solapa y lo apartó de ella.

—¡Max! —exclamó January incrédula—. ¿Qué crees que estás haciendo?

—Te estaba molestando… —repuso Max.

—Josh es un amigo mío, Max —añadió ella tratando de obligarlo a soltarlo de la chaqueta—. Se casa con mi prima Sara el sábado que viene.

Quizá fuera así, pero aquél no era un beso correcto entre futuros primos.

—Estás montando una escena —continuó January.

Mucha gente los miraba con curiosidad, entre ellos los amigos de Josh. Probablemente dispuestos a acudir en su ayuda, pensó Max.

—Lo siento —musitó Max en dirección a Josh, soltándolo y poniéndole bien la chaqueta.

Peter Meridew, el director del hotel, observaba también la escena. January tenía razón, estaba montando una escena.

—Lamento sinceramente haberme excedido —añadió Max.

—No importa —aseguró John—. Me alegra pensar que alguien cuida de January.

—Pero a mí no me hace falta que…

—Te invito a una copa —dijo Max interrumpiendo a January.

Sabía muy bien lo que ella iba a decir: que no necesitaba que nadie la cuidara.

—January puede venir con nosotros luego, cuando termine de

cantar —añadió Max desafiante.

January estaba más guapa que nunca cuando se enfadaba. Tenía los ojos grises brillantes, las mejillas sonrosadas contrastando con la piel blanca de magnolia. Hasta los labios parecían más rojos. Max deseaba besarla más que nunca.

—La boda es el sábado que viene, ¿no? —añadió Max.

—A las tres en punto —sonrió Josh—. Estás invitado si quieres acompañar a January.

—Pero...

—Estupendo, vamos al bar y hablamos de ello —sugirió Max interrumpiendo una vez más a January, pensando en que ella se iba a negar—. Ya te hemos entretenido demasiado —añadió en dirección a ella.

Estaba seguro de que January se había enfadado. De hecho la elección de la siguiente canción fue muy significativa: hablaba de «sobrevivir», de «ser independiente y cuidar de sí misma». Lo había echado todo a perder. Pegar un puñetazo a su futuro primo no resultaba precisamente divertido. Aún así Max alzó la copa en dirección a January cuando ella terminó la canción.

No resultaría fácil persuadirla de mantener una relación con él, pero Max jamás se había echado atrás en la vida. Además, si todo fallaba, siempre quedaba la posibilidad de asistir a la boda

Capítulo 3

NO PUEDES venir conmigo a la boda —afirmó January resuelta, sentándose frente a Max una vez terminada la actuación.

Aceptaba aquella invitación a tomar una copa sólo para dejarle claro lo que pensaba de él.

—¿Por qué no? Josh me ha invitado, y creo que lo ha hecho con sinceridad.

—Sin duda, pero sencillamente no es posible.

Estaba enfadada con su futuro primo. Una cosa era besarla por una apuesta, y otra muy distinta invitar a su boda a un desconocido para acompañarla a ella.

—¿Por qué no es posible? Tengo la sensación de que pensabas ir sola —insistió Max.

—Pues te equivocas —afirmó January con cabezonería—. Voy con mi familia. Asistir acompañada de un hombre sería como anunciar un futuro compromiso. ¡Y eso es falso!

—Aún falta una semana, January, y en una semana pueden ocurrir muchas cosas —contestó él enigmáticamente.

—He dicho que no, Max —reiteró January firme—. Y lo digo en serio —añadió dando un sorbo de soda.

—Lo que tú digas. Has estado muy bien esta noche, January —contestó Max cambiando de tema—. A pesar del escandaloso beso.

—Era una apuesta, Max —suspiró January, demasiado cansada e irritada como para seguir discutiendo—. Una apuesta de una fiesta de solteros. Yo fui a la escuela con la mayor parte de ellos, y a todos les pareció muy divertido apostar a ver si Josh se atrevía a darme un beso.

De hecho Peter Meridew había llamado la atención aquella noche a todo el grupo de jóvenes por causar tanto bullicio, molestando al resto de clientes. Pero una cosa eran las quejas del director del hotel, y otra muy distinta las de Max, al que definitivamente no le había gustado nada el beso. ¿Pero qué le importaba a ella? Al fin y al cabo Max no era más que un cliente que pronto se marcharía. Y January no estaba dispuesta a que él dejara tras de sí un corazón roto.

Porque no admitir, al menos en su fuero interno, que su comportamiento ante el beso le había parecido altamente caballeroso sería como engañarse a sí misma. Sí, ciertamente aquella descripción podía resultar anticuada, pero para January no era de extrañar que las damas de otras épocas cayeran rendidas en

brazos de su salvador. Y no dudaba ni por un momento que Max habría derribado a Josh y lo habría dejado en el suelo de no haber sido por su intervención.

—Es tarde —suspiró January volviendo la vista sonriente hacia John, que recogía para marcharse—. Tengo que marcharme.

No era tan tarde como el día anterior, pero estaba aún más cansada. ¿Más irritada, más emotiva? Quizá.

Una cosa sí sabía: tenía que alejarse de Max cuanto antes. De otro modo se arriesgaba a ceder a esa emotividad.

Max inclinó la cabeza y la miró intensamente, como la noche anterior, preguntando:

—Pareces agotada, ¿quieres que te pida un taxi?

—No tendría mucho sentido —sonrió ella, a pesar de todo tentada—. Mañana por la noche no tengo que trabajar, así que tendría que venir aquí sólo para recoger el coche.

—Yo puedo recogerlo por ti —se ofreció Max—. Así podrías presentarme a tu familia.

—No, gracias —sonrió January levantándose de la silla y poniendo fin a la conversación.

Max se puso también en pie.

—No me importa, de verdad —aseguró él—. Además, John me ha contado antes que hay un asaltador nocturno por esta zona.

Ambos salieron del bar despidiéndose de John con un gesto de la cabeza. Max tenía razón. El Asaltador Nocturno había atacado a mujeres sólo en zonas rurales desiertas, pero aunque el aparcamiento del hotel no lo fuera sí era cierto que estaba vacío a esas horas.

—Sí, ha habido seis ataques en los últimos seis meses —confirmó January.

—¿Y a pesar de todo insistes en volver conduciendo sola a casa?

January asintió.

—Justo lo que pensaba —añadió él observando el gesto—. En ese caso me niego a permitir que salgas al aparcamiento sola.

—Está muy bien iluminado —aseguró ella.

—Aún así, no voy a subir a mi habitación mientras tú sales ahí sola —insistió él firme.

No habría servido de nada decirle que lo hacía por regla general tres noches a la semana. Todas las semanas. Y que volvería a hacerlo cuando él abandonara el hotel.

—Empiezas a hablar como mi hermana mayor May —bromeó January mientras Max le sostenía el abrigo.

—Pues no sé si eso me gusta.

—¿Sería de ayuda añadir que me siento muy unida a mis dos hermanas? —rió January.

—Puede —admitió Max—. Espera, deja que te ayude.

Ayudarla a ponerse el abrigo era un gesto caballeroso, pensó January. Pero rodearla con el brazo por los hombros mientras se dirigían al coche era algo muy distinto. Su proximidad la perturbaba. La alteraba. La excitaba.

January jamás había conocido a un hombre como Max. Su sofisticación, su seguridad en sí mismo, y su atractivo le resultaban irresistibles. Como poco. Tenía que admitirlo: aquel hombre la intrigaba. Muy a su pesar.

¿Intrigarla? Su corazón latía acelerado, su pulso galopaba, estaba toda ruborizada...

—No pretendía insultarte cuando te dije que hablabas como mi hermana —comentó January lanzándose a hablar para ocultar su confusión—. Sólo quería... era un comentario... cariñoso. Yo soy la más pequeña, así que mi hermana se ha pasado la vida dándome consejos. Incluso March adopta el papel de madre de vez en cuando, y se supone que es la más impulsiva de las tres.

—January, March, y May —repitió Max—. Tres meses del calendario.

—Sí, es fácil de explicar —dijo January deteniéndose al llegar al coche y comenzando a buscar las llaves en el bolso—. Ya ves...

—Lo único que veo en este momento, January, es a la mujer más bella sobre la que haya posado la mirada nunca —la interrumpió Max—. Es lo único que he visto durante las últimas treinta y seis horas.

January alzó la vista hacia él y se quedó inmóvil. Sentía que se ahogaba en las inciertas profundidades de sus ojos.

—¡January! —gimió él inclinando la cabeza para besarla.

Al mismo tiempo sus brazos se deslizaron por la cintura de ella hasta estrecharla contra sí. Ahogarse debía producir una sensación muy parecida a aquélla, se dijo January segundos más tarde en medio de una profunda ensoñación, tras la lucha inicial contra lo inevitable, antes de rendirse por completo a una fuerza de tal intensidad que era imposible de combatir.

No sabía nada de aquel hombre, sólo lo que él le había contado. Ni siquiera sabía su apellido, y sin embargo...

No podía seguir pensando, su mente era incapaz de articular juntas dos palabras con sentido. Sólo podía respirar y sentir a Max,

sentir su cuerpo arder de deseo ante los besos de él. January alzó los brazos hasta sus hombros y se aferró a él. Una de sus manos comenzó a acariciar sus cabellos sedosos y espesos.

Max gimió, evidentemente de placer. Su boca comenzó a moverse salvajemente contra la de ella, profundizando en el beso. Su lengua saboreó el labio inferior de January antes de probar las profundidades de la boca.

January jamás se había sentido tan unida a otra persona. Se sentía como si fuera parte de Max y Max fuera parte de ella. Imposible decir dónde acababa el uno y comenzaba el otro. Era...

De pronto diminutas agujas heladas comenzaron a caer sobre su rostro. January abrió los ojos, confusa, parpadeó y alzó el rostro. Había comenzado a nevar.

Max se separó de ella de mala gana, pero la mantuvo firmemente abrazada por la cintura.

—Esto es casi tan efectivo como una ducha helada —murmuró él—. Y probablemente también sea lo mejor —añadió de mala gana —. Quiero que la primera vez que te haga el amor sea en un sitio un poco más... cómodo que el aparcamiento de un hotel.

¿La primera vez? Eso significaba no sólo que habría una primera, sino además que no sería la última. January se soltó suavemente de Max, se giró dándole la espalda para ocultar su confusión y comenzó a buscar en serio las llaves del coche en el bolso.

—January...

Max alargó una mano para tomarla de la barbilla y obligarla a mirarlo. Su mirada se tornó escrutadora al ver la palidez de su rostro.

—De verdad, tengo que marcharme, Max —dijo ella suspirando de alivio al encontrar por fin las llaves—. Es muy tarde.

—O muy pronto —la corrigió él—. Depende del punto de vista, ¿no crees? Quiero volver a verte, January. Mañana. ¿Quieres comer conmigo?

¿Se atrevería? Porque January no dudaba que si accedía a verlo se repetiría la escena del beso. Y la siguiente vez no habría vuelta atrás. Incluso en ese instante su cuerpo ardía deseoso de un contacto mayor con él.

¿Pero podía no volver a verlo? ¿Podía alejarse de él, de las nuevas emociones que acababa de conocer en sus brazos, y seguir adelante con su vida como si nada?, ¿podía, quería hacerlo?

—Comer juntos mañana estaría bien —accedió ella sin alzar la

vista, tratando de ocultar el deseo que aún ardía en sus ojos y la consumía.

—Yo no diría sólo que estaría bien, pero supongo que tendré que conformarme. ¿Seguro que puedes conducir a casa con este tiempo? —preguntó Max alzando la vista al cielo y comprobando que nevaba

con más fuerza.

¿Qué otra alternativa tenía?, ¿pasar la noche con él en la habitación del hotel? De ningún modo. Quizá respondiera apasionadamente a aquel hombre como jamás había respondido a ninguno, pero eso no significaba que fuera a caer en sus brazos a la primera oportunidad.

—Sí, todo irá bien. Estamos en el norte de Inglaterra, Max, aquí nieva a menudo. Si dejáramos que el clima dominara nuestras vidas jamás haríamos nada.

—Está bien —convino él de mala gana—. ¿Dónde nos encontramos mañana?

January subió al coche y alzó la vista hacia él.

—¿Qué te parece aquí, a las doce y media? Hay un pub a un par de kilómetros en donde sirven comidas estupendas los domingos

No quería que Peter Meridew la viera en el restaurante del hotel con un cliente. Max se acercó, impidiéndole cerrar la puerta, y asintió:

—De acuerdo. No cambiarás de opinión, ¿no?

De hecho January ya había cambiado de opinión. Unas cuantas veces.

—No, estaré aquí a las doce y media —prometió January con un escalofrío.

—Lo siento —murmuró Max dando un paso atrás para que pudiera cerrar la puerta.

—Deberías entrar —añadió January bajando la ventanilla—. Te estás calando.

Era una suerte que el coche arrancara a la primera.

—Prefiero esperar a que te vayas si rió te importa —contestó Max—. Es lo menos que puedo hacer.

Era evidente que Max estaba acostumbrado a salirse con la suya, pero en aquella ocasión January no pudo evitar sonreír.

—Hasta mañana —se despidió ella.

January saludó a John al pasar a su lado. El barman también se dirigía a recoger su coche. Después aceleró y desapareció por la carretera desierta.

La hora de camino del hotel a casa no fue fácil. Lo peor de todo era el último tramo, un sendero comarcal para tractores que sólo llevaba a la granja.

Estaba tensa, y no sólo por conducir con aquel tiempo. Estaba preocupada por Max, por su forma de reaccionar ante él. Sin embargo la tensión desapareció al contemplar las colinas nevadas. Todas aquellas tierras, hasta donde alcanzaba la vista, eran suyas y de sus hermanas. Quizá la vida allí fuera difícil a veces, con tanto trabajo mal recompensado y con tan mal tiempo. Pero todo era suyo. Y nadie podía cambiar eso.

January llegaba tarde a la cita. Diez minutos tarde, se dijo Max mirando una vez más el reloj mientras caminaba de un lado a otro por el vestíbulo del hotel. Max siempre había concedido mucha importancia a la puntualidad, y el retraso de January resultaba doblemente frustrante. En primer lugar porque aborrecía los retrasos, y en segundo lugar porque era posible que January ni siquiera apareciera. Y eso era lo peor.

Quizá la noche anterior también se hubiera precipitado con ella. Quizá no hubiera debido besarla tan apasionadamente. Pero había sido incapaz de controlarse nada más tomarla en sus brazos. De hecho habría querido hacer con ella mucho más que besarla.

El cuerpo de January era cálido y flexible, sus pechos se habían presionado contra el torso de él seductoramente, los muslos de ambos habían encajado. Max había necesitado toda su fuerza de voluntad para no tomarla en brazos y llevarla a su habitación del hotel. Una vez allí habría explorado cada centímetro de su deliciosa piel con las manos y con los labios.

Pero lo mejor era no pensar en ello. ¿No bastaba con una noche sin dormir? Primero por la preocupación por si ella llegaba a casa con aquel tiempo, y luego soñando despierto, hambriento de ella como jamás lo había estado en la vida. No recordaba haber deseado jamás tanto a una mujer. Y menos aún levantarse en medio de la noche para tomar una ducha helada.

Max volvió a mirar el reloj. Quince minutos tarde.

—Eh... ¡señor!, ¿señor Golding, no es así?

Max se dio la vuelta. La recepcionista lo llamaba.

—Tiene usted una llamada telefónica —añadió ella señalando el teléfono.

Debía ser Jude, ansioso por comprobar los progresos del negocio.

—¿Sí?

—¿Max? —preguntó January vacilante.

Max trató de relajarse, de no demostrar su ira. Pero falló.

—¿Dónde diablos estás?

—En ese preciso momento estoy en casa...

—¡Deberías estar aquí!

—Bueno, es que hasta hace un rato estaba en el coche, metida en una zanja —contestó January—. Max, lo siento. De verdad. Salí de casa con tiempo de sobra, pero el coche patinó con el hielo, perdí el control y... bueno, acabé al fondo de una zanja. Te he telefoneado en cuanto he podido...

—¿Estás herida? —la interrumpió Max preocupado y furioso consigo mismo por haber perdido los nervios.

—Sólo tengo un chichón en la cabeza, pero creo que el coche está destrozado...

—Olvídate del coche, es perfectamente reemplazable. Tú no —contestó Max.

—Bueno, puede que lo sea para ti, pero yo no tengo una posición económica tan desahogada —respondió January—. Pero no importa. No creo que pueda ir a comer contigo, pero si quieres podemos cenar. March dice que no va a usar su coche esta noche, así que me lo presta. Siempre y cuando prometa no acabar en otra zanja, claro.

—¿Y no sería más fácil que yo fuera a recogerte? —sugirió él—. Así, si alguien acaba en una zanja, seré yo.

—No, no es necesario.

—January, ¿quieres por favor olvidarte de esa absurda idea de que presentarme a tu familia es como anunciar un compromiso? —la interrumpió él impaciente—. Mira sólo el lado práctico del asunto, la seguridad. No quiero que...

—Max, esto no tiene nada que ver con lo que pueda pensar mi familia. Vivo en un lugar alejado, remoto, en lo alto de las colinas. Sería imposible explicarte cómo llegar hasta aquí. Quizá lo mejor fuera que ni siquiera nos viéramos. El tiempo está en contra, y...

—¡No! —la interrumpió Max resuelto—. No, January. Para mí no verte hoy no es una opción.

—Ni para mí —respondió ella en voz baja.

Tan baja, que Max ni siquiera estuvo seguro de haberla oído bien. Quizá simplemente lo hubiera imaginado.

—Está bien, cenaremos juntos. Aquí. A las siete y media —afirmó Max.

—Bien —accedió ella—. ¡Ah!, antes de que cuelgues, Max, ¿no crees que sería razonable que me dijeras tu apellido? Antes, al llamar por teléfono, he tenido que preguntarle a Patty si había por allí un hombre malhumorado, caminando de un lado a otro por el vestíbulo. Ha sido un poco violento.

Ni siquiera se le había ocurrido. Lo cierto era que él tampoco conocía el apellido de January. No le había parecido importante al principio. Y seguía sin serlo. Para él ella era January, la mujer a la que deseaba con tal fiereza que lo consumía. Aunque en realidad ella tenía razón...

—Golding —la informó él—. Maxim Patrick Golding.

Un silencio sepulcral siguió a aquella revelación. Un tenso, repentino e inesperado silencio.

—¿January?

—¿Has dicho Golding?

—Sí, eso he dicho —contestó él—. January...

—¿Tú eres M.P. Golding? —preguntó ella casi a gritos, incrédula.

Max se aferró al auricular. Algo ocurría. Algo terrible. Realmente terrible. ' —Acabo de decírtelo —confirmó él.

¿Por qué repetía January sus iniciales de esa manera tan formal? Como si se tratara del autor de un libro o de...

—¡January!, ¿cuál es tu apellido?

—¿Con nombres como January, March, y May?

¡Seguro que puedes adivinarlo, señor Golding! ¡Si es que no lo sabías ya antes! ¡Adiós!

—¡January...!

Max se interrumpió al comprender que ella había colgado de golpe. Dejó el auricular y se puso pálido. January, March, y May: Enero, Marzo y Mayo. Todos meses del año. Del calendario. Calendar...

Era demasiada coincidencia. El hecho de que January tuviera dos hermanas y que los nombres de las tres fueran meses del calendario tenía que significar que... ella era una de las Calendar...

Capítulo 4

JANUARY, ¿adonde diablos vas? —exigió saber May siguiéndola fuera. —A sacar mi coche de la zanja. ¡A qué, si no!

—Pero no corre prisa, es mejor esperar a que el tiempo mejore —protestó May mientras January se subía al tractor—. De todos modos dijiste que estaba destrozado...

Y probablemente lo estuviera, pero al menos había dejado de nevar, y necesitaba hacer algo. Tenía que hacer algo y dejar de pensar.

¡M.P. Golding! Había reconocido el nombre instantáneamente. Era el nombre del abogado que firmaba la carta que habían recibido antes de Navidad, la carta en la que Marshall Corporation se ofrecía para comprar la granja. El mismo abogado que se había presentado en casa el día anterior y había hablado con May. Aún no podía creerlo.

—El coche no puede quedarse ahí.

—Puede quedarse ahí un par de días, hasta que se derrita la nieve —insistió May.

—Me voy.

—January, ¿qué ocurre? —preguntó May preocupada—. Esta mañana, antes del accidente, estabas tan contenta. Quizá el golpe en la cabeza te haya afectado más de lo que creíamos. Deberías llamar al médico...

—No necesito un médico, May. Es sólo un chichón —añadió January tratando de calmarse—. Escucha, sólo voy a ver si puedo sacar el coche. Me vendrá bien un poco de aire fresco.

—¿No ibas a salir esta noche? —preguntó May poco convencida.

—Cambio de planes —contestó January—. Hace frío, entra en casa. Te prometo que no tardaré.

—Está bien —suspiró May—. Te prepararé una taza de té cuando vuelvas.

January suspiró aliviada. Necesitaba estar sola. Necesitaba pensar en lo ocurrido durante los dos últimos días, pensar en lo que había hecho exactamente el señor Golding. Porque, a pesar de lo que había dicho él segundos antes de colgar, le resultaba imposible creer que él no supiera desde el principio que ella era una de las Calendar, propietaria de la granja.

¿Era ésa la razón por la que había mostrado tanto interés por ella?, ¿se trataba de un miserable plan maquinado para dividir a las hermanas y conseguir así su objetivo? Ese era su peor temor.

Porque la noche anterior, al besarse, January había comprendido que se estaba enamorando de Max, que quizá incluso estuviera ya enamorada.

Max era distinto a todos los hombres que había conocido. Tenía completa seguridad en sí mismo, era inteligente, sofisticado y rico. Y sencillamente ella se había enamorado. ¿Pero había tratado él de seducirla deliberadamente? Ésa era la pregunta que la consumía.

De una cosa sí estaba segura: Max no tardaría en presentarse en la granja. Lo cual era motivo suficiente para que ella desapareciera durante unos días. Cosa imposible, comprendió January nada más torcer en la curva y comprobar que otro coche le bloqueaba el paso. Y era Max Golding quien lo conducía.

January frenó bruscamente para evitar arrollarlo con el tractor. Max, obviamente, hizo lo mismo. January se quedó mirándolo horrorizada. Lo último que esperaba era que Max se presentara en la granja nada más colgar. Creía que tardaría al menos unas horas, que tendría tiempo de reflexionar. Pero al verlo salir del coche decidido comprendió cuánto se equivocaba. Max no llevaba el traje elegante y los zapatos que May había visto cubiertos de barro el día anterior. No, llevaba vaqueros, jersey grueso y botas. Evidentemente había aprendido la lección.

Él se acercó con rostro serio. Ella se aferró al volante. ¿Qué quería decirle?, ¿qué se dirían los dos? El ataque era la mejor defensa, recordó January bajando del tractor y alzando la cabeza desafiante.

—¡No lo sabía, January! —fue el primer comentario de él.

—¿No sabías qué, señor Golding? —preguntó ella con una sonrisa falsa—. ¿Que mi apellido es Calendar?, ¿que soy una de las tres hermanas propietarias de la granja que la empresa para la que trabajas quiere comprar? ¡Perdona que me cueste creerlo!

Y así era. Era demasiada coincidencia que Max resultara ser el abogado encargado de la compra de la granja, que fuera el hombre que había visitado a May el día anterior. El mismo hombre que trataba de persuadirlas para que vendieran.

Demasiada coincidencia también, dadas las circunstancias, que ellos dos se hubieran conocido por casualidad. Incluso concediendo que eso hubiera sido una cuestión de suerte, seguía resultando terriblemente difícil creer que él hubiera mostrado tanto interés por ella. A no ser que se debiera a que sabía quién era: una de las hermanas a las que tanto le estaba costando convencer para que vendieran la granja. —No puedo evitar que creas lo que quieras.

Sólo puedo repetirte que, sinceramente, hasta hace muy poco, no sabía cuál era tu apellido o quién eras.

—¿Qué estás haciendo aquí, señor Golding? Estoy convencida de que mi hermana May te ha dejado muy claro que no estamos interesadas en...

—¿Quieres dejar de llamarme señor Golding de ese modo despectivo? —protestó él irritado—. Antes me llamabas Max. Sigo siendo Max.

De ningún modo. Él había pasado a ser el enemigo. El enemigo en el que no se podía confiar. Peor aún, un embustero traicionero.

—Sí, tu hermana May me lo dejó bien claro ayer —continuó él impaciente—. Y ahora que conozco vuestro parentesco me doy cuenta del tremendo parecido, dejando a un lado el color de los ojos. Ayer, sencillamente, no buscaba ningún parecido cuando conocí a tu hermana.

—¿No? —preguntó ella incrédula—. Pues vas a llevarte una buena sorpresa cuando conozcas a March. Si es que la conoces. Somos como tres guisantes, según decía mi padre.

—Sólo he dicho que había cierto parecido, January. Tu aspecto, el timbre de tu voz... son completamente únicos —aseguró Max.

—Por supuesto —contestó January con una mueca, de mal humor—. Y ahora, si no te importa, ¿podrías quitar tu coche de en medio? Algunos tenemos trabajo que hacer.

—Ese chichón de la cabeza, ¿te lo has hecho con el coche? —preguntó él inspeccionándola de cerca.

—Sí —confirmó ella sin hacer caso—. Si giras por el sendero que hay detrás de tu coche...

—January, eso ahora no me interesa.

—Bueno, pues a mí no me interesa discutir de ninguna otra cosa contigo, ¡así que no hay nada más que decir! —exclamó ella volviendo al tractor.

Max la agarró del brazo antes de que pudiera subir y la hizo volverse hacia él.

—Yo sí tengo algo que decirte —afirmó él con ojos azules de fuego—. Lo primero, repetirte que no conocía tu relación con la granja...

—¡Y yo te repito que no te creo!

De pronto Max se quedó inmóvil, pálido.

—Yo no digo mentiras, January. ¿Has ido al médico a que te mire ese golpe de la cabeza?

—¡Cuidado, comienzas a hablar otra vez como mi hermana May!

—Si está tan preocupada por ti como yo, entonces creo que me cae bien —respondió Max.

—¡Me temo que el sentimiento no es mutuo! —exclamó January burlona, de mal humor.

—No pretendo ganar ningún concurso de popularidad, sólo quiero asegurarme de que estás bien.

—¡Si estoy enferma es de mirarte! —exclamó January soltándose por fin—. ¿Piensas mover tu coche, o tengo que dar la vuelta y meterme por en medio del campo?

January rogó en silencio por que él moviera el coche. Necesitaba escapar de él. Porque si no lo hacía, acabaría por echarse a llorar. En aquel momento su única defensa contra aquel hombre era su ira, pero no estaba segura de cuánto tiempo más podría durar.

Max la observó lleno de frustración. January era, sin ningún género de duda, la mujer más cabezota, más inflexible…

¿Más que él? Imposible. January estaba furiosa con él, lo creía un embustero. Nada de lo que hiciera o dijera ni en ese instante ni en un futuro próximo cambiaría su opinión acerca de él. Además, él también se sentía como si estuviera en una encrucijada. Para Max no mezclar los negocios con la vida privada siempre había sido una regla sagrada. De ese modo jamás se producían conflictos de intereses.

January Calendar… ¡De todas las mujeres hacia las que podía sentirse atraído tenía que ser precisamente una de las tres hermanas! La posibilidad de que se produjera una coincidencia como ésa era nula. Casi nula. El engañoso destino estaba jugando con él.

Y ése era el verdadero problema. Al enterarse de quién era ella se había quedado de piedra. Más que de piedra. En realidad, sencillamente, no sabía qué hacer. Cosa rara en él.

—¿Así que no quieres ir al médico?

—No —negó January.

Max apretó los labios y asintió.

—Y supongo que nuestra cita de esta noche también queda cancelada, ¿no?

—Supones bien —afirmó ella.

—Eso pensaba —murmuró él—. Entonces, ya que no tengo nada que hacer hoy y que casi estoy en la granja, creo que voy ir a ver otra vez a tus hermanas.

January abrió los ojos incrédula ante la sugerencia.

—¡Pierdes el tiempo!

—Es mío, puedo hacer con él lo que quiera.

—Creía que tu tiempo le pertenecía a Marshall Corporation —comentó ella.

Era cierto: Marshall Corporation era su vida. Lo había sido durante casi quince años. Max no sólo trabajaba de nueve a cinco y de lunes a viernes, pero eso jamás le había molestado. Apenas tenía lazos familiares, tenía un apartamento en Londres al que raramente acudía y que jamás llamaba su hogar. De hecho se alegraba de que su trabajo le ocupara tanto tiempo y lo obligara a viajar. Pero a pesar de todo el comentario de January no resultaba grato.

—Hasta yo disfruto de fines de semana y vacaciones, January —alegó Max faltando en parte a la verdad.

—¿Sí? Que yo sepa seguías trabajando la noche de fin de año.

Max apretó de nuevo los labios. January seguía creyendo que se había fijado en ella aquella noche deliberadamente, que todo formaba parte de un elaborado plan por su parte para hacerse con la granja. Pero habría sido imposible para él proponerse conocerla en el bar del hotel, y más imposible aún sentirse abrumado a propósito y de esa forma por sus encantos. Sencillamente para él los negocios y el placer eran temas absolutamente separados. Y no era que fuera a brindársele la oportunidad de mezclarlos justamente en ese momento.

Sí, seguía sintiéndose atraído hacia ella. Como no lo había estado nunca por ninguna otra mujer. Pero había dos formas de enfrentarse al hecho de que ella fuera una de las hermanas Calendar. La primera consistía en continuar la dura lucha hasta conquistarla. Y la segunda en intervenir oportunamente, impidiendo que el destino siguiera jugando con él, y evitar el mayor error de su vida.

Porque a Max le gustaba su vida tal y como era: sin lazos ni complicaciones personales. Y, dadas las circunstancias, era imposible mantener una breve y placentera aventura con January. Max respiró hondo. —Daré marcha atrás y te dejaré pasar. January abrió los ojos inmensamente ante la inesperada capitulación.

—Sigues perdiendo el tiempo si pretendes ir a la granja. Mis hermanas están tan interesadas en vender como yo —afirmó ella.

—Si eso es verdad, entonces pronto dejará de ser mi problema para pasar a ser el problema de otro —contestó él encogiéndose de hombros.

—¿Nos estás amenazando?

—¡En absoluto! —exclamó él sacudiendo la cabeza—. January,

nadie puede obligaros a vender si no queréis.

Pero Max sabía que eso no era cierto incluso mientras lo decía. Jude no era un hombre al que se pudiera dar un no por respuesta. Y estaba empeñado en conseguir los terrenos de la granja. January no parecía mucho más convencida de esas razones que él. Lo miraba suspicaz, cauta.

—Aquí hace frío, January —añadió él sin atreverse a mirarla a los ojos—. Daré marcha atrás y así tú podrás continuar tu camino. A propósito, tu coche está hecho un desastre. Lo he visto al venir aquí.

Era evidente que ella jamás accedería a volver a verlo. Y mucho menos a salir con él. Por eso lo mejor era olvidarlo todo y seguir adelante, se dijo en silencio. Dios sabía que lo había hecho antes muchas veces. Antes de sentirse demasiado atraído hacia ninguna mujer. Y January Calendar no iba a ser diferente, se dijo resuelto. Sólo que la intensidad de su atracción, en ese caso, sí era diferente... Razón de más para desaparecer.

Excepto por el hecho de que a Jude no le parecería bien... tal y como descubrió Max aquella misma tarde, nada más volver al hotel después de una larga e infructuosa entrevista en la granja con May y March Calendar.

—Seguro que no te has mostrado lo suficientemente firme —comentó Jude por teléfono—. ¿Cómo es posible que te cueste tanto trabajo convencer a tres ancianitas de que vivirían mucho mejor en cualquier otro sitio que en una granja en la que trabajan de sol a sol, y total para nada?

¡Tres ancianitas! Había sido muy interesante conocer a la tercera hermana, March, y comprobar el gran parecido de las tres. March era sin duda la más impulsiva. No había dudado un segundo en decirle lo que podía hacer con su oferta. May era más correcta y educada, pero su respuesta había sido igual de rotunda.

Por alguna razón Max prefirió no corregir la errónea idea que se había hecho Jude acerca de las tres hermanas. De ese modo no le daba oportunidad de atar cabos y llegar a la conclusión correcta o, mejor dicho, a la pregunta exacta de por qué él no quería seguir insistiendo en la compra de la granja.

—Nacieron allí, Jude —contestó Max repitiendo las palabras indignadas de March—. La familia lleva generaciones enteras viviendo allí...

—Max, ¿tratas de ablandarme? —lo interrumpió Jude incrédulo.

Como si fuera posible. Jude y Max habían asistido al colegio juntos, pero habían perdido el contacto luego durante una

temporada hasta que Jude buscó a Max nada más comenzar a expandir su imperio financiero, convenciéndolo para que aceptara el puesto de abogado personal suyo y de la empresa. Y Max jamás se había arrepentido de aceptar el cargo... hasta ese momento.

—No, claro que no, es sólo que...

—¿Sólo qué...?

—Déjamelo a mí unos días más, ¿de acuerdo? —contestó Max impaciente.

51

Bien, al diablo con su decisión de convencer a Jude de que abandonara. Para poder abandonar él después, por supuesto.

—¿Qué tal te va con la bella April? —añadió de pronto Max.

—¿Pretendes cambiar de tema, Max? —adivinó inmediatamente Jude.

Ése era el problema con Jude: era demasiado astuto. Y lo último que quería Max era que sospechara que estaba metido en un verdadero lío emocional. En parte Max hubiera preferido pasarle el problema de la granja Calendar a otro, y de ese modo alejarse de January. Necesitaba alejarse de ella. Pero por otro lado, desde un punto de vista profesional, su lealtad hacia Jude y hacia la empresa, mantenida durante casi quince años, lo obligaba a insistir.

—Claro que no, simplemente me preguntaba si habías tenido más éxito que yo —contestó Max con naturalidad.

—En absoluto —dijo Jude, a pesar de todo contento—. Esa mujer se empeña en tratarme como si no fuera más que su hermanito pequeño.

—¡Vaya novedad!

—La verdad, me lo paso bien —rió Jude—. Realmente es una mujer fascinante. Y volviendo al tema de la granja —continuó Jude, al que era imposible engañar—, tenemos que resolver ese asunto en unas semanas. Es imprescindible para poder seguir con los planes. Ofréceles más dinero, si no consigues convencerlas de otra forma.

Jude era inflexible. Max siempre había admirado en él ciertas virtudes. Pero en ese caso resultaban irritantes.

—Soy perfectamente consciente del problema del tiempo, Jude —contestó Max—, pero en este caso no creo que más dinero sirva de nada.

De hecho estaba convencido de lo contrario. La oferta que les había hecho estaba muy por encima de los precios del mercado, pero a pesar de que las hermanas no tenían gran solvencia económica, el dinero no parecía tentarlas.

—No me gustaría nada tener que ir para allá, Max —advirtió Jude.

Ni Max lo deseaba tampoco. En primer lugar porque eso sería como reconocer su fracaso. Y en segundo lugar porque si Jude veía a las tres hermanas, acabaría por comprender cuál era realmente su problema: January.

Según parecía, y a menos que quisiera admitir abiertamente ante Jude que se sentía personalmente atraído hacia January, no le quedaba más remedio que seguir allí, al pie del cañón, y continuar las negociaciones en nombre de la empresa.

—Acabo de decirte que me lo dejes a mí unos pocos días más —le recordó Max.

—Sólo unos pocos días, Max —concedió al fin Jude, colgando sin más.

Max colgó y desvió la vista hacia la ventana de la suite. La nieve seguía cayendo. Menudo lío. Jude, evidentemente, no iba a echarse atrás. Lo cual significaba que él tampoco podía hacerlo. El problema era cómo convencer a las tres hermanas. Y conociéndolas, la tarea era imposible. Pero no tan imposible como la situación personal en la que se encontraba él.

Tener una aventura con January mientras estaba de viaje le había parecido al principio el mejor modo de pasar el tiempo. Pero el hecho de descubrir que ella era precisamente una de las razones por las que él estaba allí lo cambiaba todo. Además, tras conocer a January un poco mejor y tras conocer a sus hermanas, Max había llegado a la conclusión de que ella no era de las que tenían aventuras. Con nadie. Y menos aún con él. Pero a pesar de todo él seguía deseándola con la misma fiera pasión.

# Capítulo 5

¿A QUÉ crees que estás jugando? —preguntó January sin más preámbulos, nada más abrir Max la puerta de la suite.

Max se sorprendió momentáneamente, pero enseguida reaccionó y la observó burlón.

—¿Has cambiado de opinión sobre la cena?

—No he cambiado de opinión en absoluto en lo que se refiere a ti, señor Golding —contestó ella con ojos brillantes de fuego—. ¡En absoluto! —repitió entrando en la habitación hasta llegar al centro exacto del salón.

Max cerró la puerta y se acercó a ella.

—Pareces... alterada.

¿Alterada? ¡Estaba rabiosa! De hecho estaba tan enfadada que hasta le molestaba el anorak, los guantes y la bufanda. ¡Ardía de ira!

—¿Por qué has tenido que decirle a mis hermanas que tú y yo nos conocíamos? —siguió preguntando ella en tono de reproche—. Claro, tenías que decírselo. Formaba parte del plan, ¿verdad? Todo forma parte del...

—Alto ahí, January —la interrumpió él en voz baja, pero tan enfadado como ella a pesar de todo—. Pareces... enfadada. Y lo siento. Pero, de todos modos, creo que te estás poniendo un poco paranoica con todo esto...

—¡Paranoica! —repitió January incrédula—. ¿Te parece una paranoia que mis hermanas se quedaran de piedra al enterarse de que había olvidado mencionar que conocía al abogado Max Golding?, ¿te parece una paranoia que de hecho fuera a salir esta noche contigo?

January omitió decir, en cambio, que él era, además, el hombre que la había besado en el aparcamiento la noche anterior. Y también que era el hombre del que estaba enamorada.

March y May no parecían precisamente contentas cuando January llegó por fin a casa esa tarde. Sin el coche, que efectivamente estaba hecho un desastre. Porque en algún momento, durante el curso de la conversación de Max con las dos hermanas, él había mencionado por casualidad que conocía a January.

Decir que ambas hermanas le habían exigido una explicación nada más entrar en casa sería decir poco. Tras la explicación ambas se calmaron e incluso se mostraron de acuerdo con January en sus

sospechas acerca de Max, pero eso no alteraba el hecho de que, deliberadamente, Max la había colocado en una posición difícil con sus hermanas.

—January, yo tampoco llevo un día precisamente bueno. ¿No crees que lo mejor sería sentarnos y hablar tranquilamente de todo esto, como adultos razonables? —sugirió Max sacudiendo la cabeza.

—Imposible, cuando sólo uno de los dos es un adulto razonable —contestó ella.

Jamás olvidaría la forma en que la habían mirado sus hermanas aquella tarde al llegar a casa mientras esperaban una explicación. Por supuesto, January no dudaba un segundo de que sus hermanas la creían. La consideraban inocente, creían en su explicación. Pero al subir las escaleras para quitarse la ropa mojada January había decidido no esperar un segundo más. Tenía que decirle a Max lo que pensaba de él.

—No voy a preguntarte siquiera a quién de los dos consideras un adulto razonable —respondió Max secamente—. Aunque el hecho de que hayas venido aquí, con esta tormenta de nieve, no hace de ti precisamente la mejor candidata.

January abrió la boca para contestar, pero volvió a cerrarla y dirigió la vista a la ventana. La nieve caía con más fuerza que nunca. Para ser sinceros, ella ni siquiera se había dado cuenta mientras conducía. Estaba tan enfadada, tan consumida y alterada pensando exactamente en las palabras que iba a decir, que había conducido de manera automática.

—January, ¿podrías calmarte un momento para poder hablar con tranquilidad? —sugirió Max—. Pediré café, ¿te parece?

Hubiera querido rechazar esa taza de café, pero por fin se le había pasado en parte la ira y comenzaba a sentir frío. Aunque ésa no fuera razón suficiente para ceder y tomar café con el enemigo. No, pero lo cierto era que, una vez más tranquila, comenzaba de nuevo a sentir aquella irresistible atracción física hacia él. ¡A pesar de todo! Era una idiota, se dijo.

—¿January?

January suspiró.

—Está bien, pide café. Pero nada de lo que digas va a hacerme cambiar de opinión. Ni sobre ti ni sobre Marshall Corporation.

Max inclinó la cabeza y se acercó al teléfono. January se alegró de poder disfrutar de un respiro sin la mirada penetrante de Max sobre ella y se quitó la bufanda y los guantes. ¿Pero qué estaba haciendo?, ¿qué hacía realmente? Porque de hecho ya había hecho

lo que se había propuesto hacer: poner las cosas en su sitio. Y, de pronto, después, tomaba café con el enemigo.

January se mordió el labio. Sabía perfectamente por qué seguía allí. No podía creerlo y, en parte, no quería creerlo. Max era realmente culpable de todas las cosas de las que lo acusaba.

Y no era que tuviera la intención de permitirle a Max adivinar su debilidad, no. En absoluto. Simplemente quería ver... necesitaba ver en él algún rasgo bueno, algo que lo redimiera de su comportamiento y la justificara en sus sentimientos, algo que la ayudara a hacer más soportable la idea de que estaba enamorada de él.

—Enseguida traerán el café —comentó Max detrás de ella.

Demasiado cerca, comprendió January al darse la vuelta, dando un paso atrás para alejarse de él. Max la miró inquisitivo.

—Estabas a kilómetros de distancia...

—Ojalá.

—Entonces ya somos dos —contestó él con una mueca—. Yo he estado deseando lo mismo hasta hace muy poco —añadió Max al ver la expresión inquisitiva de January.

—¿Y ahora?

—¿Ahora? —repitió él—. Ahora desearía que siguiera nevando y nevando. Desearía... —continuó él acercándose— que el resto del mundo desapareciera, que los dos nos quedáramos atrapados en la habitación de este hotel. Durante una semana. ¡Un mes!

January alzó la vista dubitativa hacia él. Respiraba entrecortada, profundamente.

—¿Es posible quedarse atrapado en la habitación de un hotel?

—Probablemente no —contestó él—, pero... —alguien llamó a la puerta—. Debe ser el servicio de habitaciones.

—¡Ahí tienes, atrapados y solos en la habitación, de un hotel! —exclamó ella en voz baja.

—Quizá no fuera tan buena idea, después de todo —concedió él.

Max se dirigió a abrir la puerta y le cedió el paso a la camarera con la bandeja del café. Aquella mañana él parecía diferente, pensó January. Aparte de aquel breve lapso mental, Max se mostraba más distante, más remoto. Su mirada ya no la quemaba con la misma intensidad.

Por supuesto que se mostraba diferente, se dijo January en tono de reproche. No necesitaba fingir que sentía interés por ella, su farsa había quedado al descubierto.

—¿Leche y azúcar?

January se volvió bruscamente y parpadeó. La camarera se había marchado, y Max esperaba para servirle el café. —Solo, gracias.

¿Qué estaba haciendo allí?, se preguntó una vez más. ¿Albergaba esperanzas secretas?, ¿esperaba aún en parte que, quizá, todo fuera producto de la confusión?

—Gracias.

January se acercó a él para tomar la taza poniendo buen cuidado de no rozar sus manos y se alejó de nuevo en dirección a la ventana. Y parpadeó tratando de retener las lágrimas.

Al principio se había enfadado, pero en ese momento sencillamente estaba desesperada. ¿Porque todo había terminado?, ¿porque durante cuarenta y ocho horas se había sentido deseada?, ¿porque se había sentido querida como no se sentía desde la muerte de su padre?, ¿era por eso por lo que deseaba llorar?

Era una estúpida. Hubiera debido imaginárselo, adivinarlo. Un hombre como Max jamás podría interesarse por ella. Después de todo, ¿qué era ella, sino una granjera que cantaba de vez en cuando? Difícilmente podía creerse el tipo de mujer por el que Max pudiera sentir interés. Por lo poco que sabía de él podía incluso estar casado...

—Max...

—January...

Los dos arrancaron a hablar al mismo tiempo. January hizo una mueca y se volvió hacia él.

—Tú primero.

La expresión del rostro de Max era de desesperación, sus ojos azules parecían de hielo. Fuera lo fuera lo que le dijera, no le iba a gustar.

Dijera lo que dijera, Max sabía que a January no le iba a gustar. Si mencionaba el hecho de que Jude había renovado su oferta de comprar la granja, no le gustaría. Si trataba de explicarle una vez más que él no había sabido hasta el último momento quién era ella, tampoco le gustaría. Ni siquiera lo creería.

Además, ¿qué sentido tenía tratar de convencerla de que era sincero al negar que supiera quién era cuando en realidad él ya había dado marcha atrás? Sí, había dado marcha atrás. Tan deprisa que a January ni siquiera le había dado tiempo a comprenderlo.

Sí, January era preciosa, reconoció en su interior Max. Lo era. Pero tras saber quién era, y a pesar de sus palabras acerca del amor la noche en que se conocieron, Max comprendía que ella jamás se

conformaría con menos que el matrimonio. Y por atraído que se sintiera hacia ella, la mera idea del matrimonio con cualquier mujer le producía pánico.

—He estado hablando con Jude Marshall. Está dispuesto a aumentar la suma por la granja.

January dio un paso atrás igual que si él la hubiera golpeado. Max tuvo que ejercer toda su fuerza de voluntad para no correr a abrazarla, a asegurarle que todo saldría bien, a decirle que nadie le quitaría la granja mientras él siguiera allí.

¿Pero a quién pretendía engañar? Conocía a Jude de toda la vida, era un buen amigo y un buen jefe.

Pero cuando se proponía algo siempre lo conseguía. Por lo general con métodos honrados, pero si éstos fallaban... Jude había dejado bien sentado que aquella granja tenía que ser suya. Y el conflicto de intereses, el conflicto sentimental en el que se veía involucrado Max no tenía para Jude la menor importancia.

Max se metió las manos en los bolsillos de los pantalones y apretó los puños.

—Mi consejo a las tres es que penséis bien en esta segunda oferta —añadió Max.

—¡No sabía que te hubiera pedido consejo! —exclamó January abriendo los ojos enormemente, indignada.

Max se encogió de hombros y se detestó a sí mismo por hablarle a January de aquel modo. Sabía, sin embargo, que después de haber expuesto la nueva situación no podía dar marcha atrás.

¿No podía dar marcha atrás, o no se atrevía? Más bien lo último, se dijo enojado consigo mismo. Al diablo con el conflicto de intereses, había tomado partido a favor de Jude nada más darse cuenta de hasta qué punto January lo atraía. Y el odio que ella demostraba hacia él era el precio que tenía que pagar por su decisión.

—Aún así te lo doy. Jude no es un hombre acostumbrado a aceptar un no por respuesta —contestó Max.

—Entonces los dos tenéis muchas cosas en común.

January pretendía insultarlo. Y había dado en el clavo. Aunque Max no podía negar que lo que decía era cierto. Jude y él eran muy parecidos en muchas cosas. Ambos habían tenido éxito en su trabajo, ambos seguían solteros a los treinta y siete años, y ambos pretendían seguir siéndolo. Aunque no por las mismas razones. Jude no ocultaba que las mujeres lo aburrían. Se casaría en cuanto encontrara a una que no lo aburriera en dos días. Max, en cambio,

no estaba dispuesto a casarse en absoluto. Por ninguna razón. Y menos aún por amor.

Nada más ver a January la noche de fin de año había sabido que la deseaba, pero eso era todo. Sólo eso, se repitió decidido. Las mujeres eran seres volubles, usaban el amor de los hombres como arma contra ellos.

—Insultarme no va a resolver la situación —afirmó Max.

—Quizá, pero me hace sentirme mejor —contestó ella.

—Entonces adelante.

—Max, ¿puedo hacerte una pregunta?

—Sí, pregunta.

—¿Qué tal duermes por las noches?

—January, sea lo que sea lo que pienses de mí la oferta de Jude es justa...

—¡Jude Marshall no me interesa! —exclamó ella—. Lo que me interesa es saber cómo puedes permitir que te utilice como su...

—Cuidado, January —la interrumpió Max—. Estoy dispuesto a aceptar ciertos insultos en vista de lo alterada que estás, pero no todos. Soy abogado, y jamás he cometido ningún acto que pueda calificarse de ilegal.

—Ilegal no, quizá, pero sí moralmente inaceptable lo corrigió ella.

—Indudablemente, pero no he hecho nada malo en relación con la familia Calendar.

—¡Pero tú... tú no comprendes...! —comenzó a exclamar January incrédula—. ¿Es que no te parece moralmente inaceptable proponerte seducir a una de nosotras para dividirnos y así lograr tus objetivos?

—¿Te refieres a ti misma? —preguntó él.

—¡Por supuesto que me refiero a mí misma! —confirmó January impaciente, mirándolo fijamente—. A menos que...

—Ni lo sugieras, January —advirtió él en voz baja—. De momento he mantenido la calma y me he mostrado razonable mientras me insultabas, pero si sigues por ese camino no respondo de mis actos.

—¡Puede que tú no...!

—January, creo que la conversación que estamos manteniendo no contribuye en absoluto a calmarte —la interrumpió él impaciente.

No sabía cuánto tiempo más podría aguantar esos insultos, reprimiéndose para no tomarla en sus brazos y besarla hasta hacerla

callar. Y eso tampoco habría contribuido a calmar la situación.

—Puede que nuestra… amistad te haya hecho creer que puedes venir aquí a insultarme cuando quieras, pero no es así —continuó Max.

—¿Amistad? —repitió January furiosa—. ¡Amistad! —exclamó con disgusto una vez más, sacudiendo la cabeza—. Tú y yo jamás hemos sido amigos, Max, y tú lo sabes…

January calló de repente, al besarla Max en la boca.

No había podido resistirse. Era incapaz de permanecer ahí de pie, inmóvil, mientras January lo miraba con ese desprecio. Y no porque creyera que besándola iba a impedir que lo despreciara, sencillamente no había podido evitarlo.

Quizá ya nunca volviera a encontrar la paz, quizá jamás volviera a ser dueño de su alma, comprendió Max. Por un segundo lo único que importaba era besar a January, estrecharla contra sí, acariciar su piel.

## Capítulo 6

DEBÍA detenerlo. De inmediato. Sin embargo January era incapaz de hacerlo. Sabía en su fuero interno que aquélla sería la última vez, que posiblemente jamás volvería a saborear los labios de Max, a sentir sus caricias sobre la piel ardiente. Y deseaba sentir todo eso. Lo ansiaba salvajemente. Deseaba a Max.

Sus cabellos eran como seda entre los dedos de January. Max profundizaba en el beso, un verdadero duelo de lenguas fruto del intenso deseo de los dos. Ella no opuso resistencia cuando su abrigo cayó al suelo, cuando sintió el calor de las manos de Max bajo el grueso top de cremallera. Su carne prendió fuego cuando las manos de Max la acariciaron. Una vez más era consciente de formar un solo ser con él, de no saber dónde acababa ella y comenzaba él. Todo su ser estaba unido a él como dos mitades de un todo perfecto.

January gimió al separar él los labios, pero su gemido se transformó en un grito de placer al sentir que Max besaba lentamente sus mejillas y su cuello. Sus labios y su lengua la saboreaban, produciéndole un escalofrío que le recorrió la espalda e hizo temblar sus piernas.

Max comenzó muy lentamente a bajarle la cremallera, inclinando la cabeza para que sus labios siguieran la misma senda. January se arqueó instintivamente al sentir la humedad de su boca a través de la fina tela del sujetador. Su lengua comenzó a acariciar lenta y seductoramente el pezón. Y siguió bajando.

Max la rodeaba con las manos por la cintura, estrechándola contra sí a la altura de las caderas mientras besaba los abultados pechos. January se restregó contra él invitándolo, enredando los dedos una vez más en sus cabellos morenos, aferrándose a él. Deseaba que aquel placer no terminara jamás.

Y no terminó. Max la alzó en brazos y la llevó al dormitorio, la tumbó sobre la cama y se recostó a su lado, buscándola una vez más con la boca. A pesar de la diferencia de alturas sus cuerpos parecían curvarse y encajar perfectamente el uno en el otro. January tenía por fin las manos libres, así que podía devolverle las caricias y presionarlo contra sí.

Ella gimió al sentir el poco familiar contacto de sus manos en los muslos. Notaba la calidez de su piel a través de la fina tela de las braguitas. De nuevo su gemido volvió a transformarse en un grito

de placer al encontrar él su centro más sensible. Todo su cuerpo era como una cascada de lava.

—January, si quieres que pare tendrás que decírmelo ahora... ¡antes de que sea demasiado tarde! —exclamó Max.

January gimió al oír su voz, sintió como si le cayera encima un cubo de agua helada, como si el techo se hubiera desplomado sobre ellos y la nieve pudiera caer sobre su piel, despertándola de... ¿de qué? January se incorporó en la cama y observó a Max asustada. Los ojos de él aún ardían.

—¡No me mires así! —gritó él.

Ella respiró profundamente, se humedeció los labios y preguntó:

—Mirarte, ¿cómo?

¿Era ésa su voz? No sonaba como siempre, confiada, sino como la voz de una extraña. Y quizá se hubiera convertido en una extraña incluso para sí misma. Porque January sabía demasiado bien que de no haber abierto la boca Max, rompiendo así el hechizo, no sólo habrían parecido dos mitades de una unidad perfecta, sino que lo habrían sido.

Max seguía observándola con el ceño fruncido, escrutándola. Luego se tumbó sobre la almohada y alzó la vista al techo.

—Como si fuera un monstruo del que tuvieras que protegerte —explicó él al fin.

¿Era cierto que lo miraba así? Si lo era, era totalmente injusto. Porque la única persona de la que necesitaba protegerse era de sí misma.

—Max...

Max se alejó de ella justo cuando January estaba a punto de alargar una mano y tocarlo. Se sentó sobre la cama y añadió:

—Creo que lo mejor será que te marches, January. Antes de que alguno de los dos haga o diga algo de lo que pueda arrepentirse.

¿Acaso no habían hecho ya algo de lo que arrepentirse? Ella, desde luego, sí. Y una mirada a su expresión seria bastaba para adivinar que él también.

January se sentó y se subió la cremallera del top y de los vaqueros con dedos trémulos. Era todo tan...

—Espera, déjame a mí —se ofreció Max alargando las manos para subirle la cremallera.

Él estaba sereno, observó ella. January lo miró con los ojos entrecerrados, buscando en él al hombre que acababa de temblar de deseo junto a ella. Pero sólo vio a Max Golding, un hombre tan seguro de sí como siempre, aunque con el pelo ligeramente revuelto

y un nervio vibrando en su sien. ¿De enfado, o a causa del deseo reprimido?

—Tu mirada de reproche llega un poco tarde, ¿no te parece? —preguntó él—. Como si te hubiera obligado.

January sintió que sus palabras la herían, pero sólo contestó:

—Tengo que marcharme.

January salió de la cama. Jamás se había sentido tan mal.

—¿Huyes, January? —murmuró él al llegar ella a la puerta del dormitorio.

January se volvió para responder algo cortante, pero vio su reflejo en el espejo del otro lado de la habitación y calló. Jamás se había visto a sí misma así. Tenía el cabello revuelto, los ojos de un verde grisáceo salvaje, la tez pálida, los labios abultados y rojos por la pasión. Su aspecto era exactamente el de una mujer excitada y apasionada. Justamente lo que era. Y jamás se repondría de ello.

January tragó, apartó la vista del espejo y la volvió con desprecio hacia Max, respondiendo:

—No huyo, Max, sólo me voy. No debí venir.

—No, no debiste venir —reconoció él sentándose cómodamente y apoyando la cabeza en el cabecero de la cama—. Me preguntaste qué tal dormía. Bueno, ahora puedo contestarte. Raramente duermo solo —afirmó con una sonrisa burlona, riéndose abiertamente de ella.

January se puso tensa, a la defensiva. Sus palabras la herían. Podía imaginarlo perfectamente en aquella cama con un mar de rostros femeninos a su alrededor.

—¿Sí? Pues parece que esta noche no has tenido suerte, ¿no?

—Aún queda tiempo —respondió él encogiéndose de hombros.

—¡Eres despreciable! —gritó January mirándolo con desprecio.

—Vete a casa, January —respondió él volviendo a encogerse de hombros—. Vuelve cuando hayas crecido un poco.

—Lo planeaste todo de principio a fin, ¿verdad? —preguntó ella apretando los puños—. La pregunta que me hiciste sobre si creía en el flechazo era también parte de tu estrategia de seducción, ¿verdad?

—La mayor parte de las mujeres responden mucho mejor a la palabra amor que a la palabra deseo —contestó él con una sonrisa irónica—. Pero tengo que admitir, January, que me sobresaltaste al llamarlo por su verdadero nombre —añadió inclinando la cabeza con admiración.

January se sentía enferma. Estaba muy enfadada, pero sobre

todo consigo mismo. Desde el principio había intuido qué tipo de hombre era Max, no tenía excusa. Y menos después de lo que acababa de suceder.

—Por suerte el deseo no se reduce a una sola mujer —continuó Max—. Además, January… me da la sensación de que vas a ser tú quien no duerma esta noche.

Tenía que salir de allí. Alejarse de Max. Alejarse de aquella habitación y olvidar lo cerca que habían estado de hacer el amor.

—Tengo la conciencia limpia, Max. ¿Y tú?

—Igual —respondió él.

—Entonces es que tu idea de lo que está bien y mal es muy distinta de la mía —dijo ella sacudiendo la cabeza despectiva.

—No parece que tengas tanta prisa por marcharte como decías, January.

—Tranquilo, Max, ya me voy. ¡Y no quiero volver a verte nunca!

—Me temo que volveremos a vernos, January. Aún represento a Marshall Corporation para la compra de la granja.

—¡Sobre mi cadáver! —exclamó ella.

—Si insistes en conducir con esta tormenta de nieve… puede que sea precisamente el caso —se burló él—. Ten cuidado, January. Y que duermas bien.

January lo miró una última vez y salió casi corriendo de allí. Max era detestable. Era el hombre más detestable que hubiera conocido nunca. ¿Cómo podía haber sido tan estúpida?, ¿cómo podía haberse equivocado tanto al juzgarlo?

—¡January!

71

January alzó la vista en el vestíbulo del hotel. Era John, el barman, que acababa de llegar para iniciar su turno de trabajo. Él la miró preocupado.

—Eh, ¿te encuentras bien?

—Sí.

—Pues no lo parece —respondió él sin dejarse engañar—. Ven al bar a tomar un brandy.

—No, gracias. Ya he tenido hoy un accidente, mi hermana me matará si tengo otro con su coche.

—¿Has tenido un accidente? —repitió John.

—Sí, caí a una zanja. Tengo que marcharme, de verdad, John. ¿Sigue nevando?

—No, ya ha parado —contestó John—. No tienes buen aspecto, January. ¿Quieres que le pida a alguien que me sustituya y te lleve

a casa?

—Eres muy amable, pero no —negó ella tocando su brazo—. He venido conduciendo y volveré conduciendo.

—No te habrá llamado Meridew a su despacho, ¿no?

—No, nada de eso. Tengo que marcharme, John. ¡Que tengas una buena noche! —se despidió January corriendo a la puerta.

Bien, había estado muy bien, se felicitó Max tumbado aún en la cama. Se había propuesto que January lo despreciara, y lo había conseguido. Demasiado bien. La expresión de desprecio de su rostro demostraba que no sólo le repugnaba, sino que además lo odiaba. Bueno, eso era lo que quería.

Max deseaba deliberadamente romper los lazos emocionales con ella, asegurarse de que el conflicto de intereses no volvía a producirse. Era lo único que podía hacer ante la insistencia de Jude por comprar la granja, teniendo en cuenta que January era una de las propietarias.

Pero entonces, ¿por qué se sentía tan desgraciado si había logrado lo que quería? Porque así era como se sentía: más desgraciado que jamás en la vida. Incluyendo el trágico momento en que su madre los abandonó a su padre y a él a la edad de cinco años.

Max no era un ingenuo. Sabía que aquella primera tragedia familiar había marcado sus relaciones con las mujeres. Había decidido no enamorarse nunca, no confiar jamás en una mujer. No abrirse a ninguna, no permitir que lo hirieran otra vez. Aunque lo cierto era que ni siquiera recordaba cómo era su madre. Sólo recordaba la devastadora soledad que había sentido siempre tras su marcha. Siempre.

Bien, por fin había terminado con su preocupación en torno a January. Ella había hablado muy en serio al decir que no quería volver a verlo. ¿Pero por qué le dolía? Porque no era deseo lo que sentía por January, porque él...

Tenía que marcharse de allí, se dijo Max poniéndose en pie compulsivamente. Ni siquiera él se soportaba a sí mismo en aquel momento. Necesitaba hacer algo, ir a alguna parte, cualquier cosa con tal de distraerse y no pensar en la forma deliberada en que había herido a January.

Eran casi las nueve de la noche, descubrió Max mientras bajaba las escaleras. A pesar de todo John estaba solo en el bar. Pero lo último que necesitaba

Max era a gente charlando a su alrededor, divirtiéndose.
—Un whisky doble —pidió Max sentándose en la barra.
—¡Vaya tiempo!, ¿verdad? —comentó John dejando el vaso a su lado.
—Parece que esta noche vas a estar tranquilo —asintió Max dando un largo trago—. ¿Nunca te tomas una noche libre?
Quizá no tuviera ganas de ver a gente divirtiéndose, pero tampoco deseaba estar a solas consigo mismo.
—Sí, los lunes y los martes.
—Debe ser terrible para tu vida social.
—¿Qué vida social? —preguntó el camarero irónico—. Aun así es un trabajo, que es más de lo que tiene otra gente —añadió John encogiéndose de hombros—. A propósito, January acaba de estar aquí. No te has cruzado con ella por poco. Parecía... contrariada.
—¿Sí? —preguntó Max con naturalidad, sin ganas de continuar con aquella conversación.
—Señor Golding...
Max estaba tan sumido en la conversación y en sus propios pensamientos que no se había dado cuenta de que John y él ya no estaban solos. Sin embargo aquella voz se parecía tanto a la de January que era inconfundible. Se dio la vuelta lentamente y vio a May Calendar, de pie al lado de él.
—Señorita Calendar —asintió Max cortés.
Habían transcurrido un par de horas desde el momento en que January abandonara el hotel, de modo que quizá ambas hermanas hubieran hablado. O puede que no. Y mientras no lo supiera, Max pretendía mostrarse distante. Y cauto.
May miró a su alrededor molesta e irritada.
—¿Podríamos ir a algún sitio a hablar?
—Desde luego —accedió Max—. ¿Qué te parece la mesa de ahí?, ¿quieres que John te sirva una copa?
—Preferiría ir a otro sitio más... privado —lo interrumpió May —. No te ofendas —añadió en dirección a John.
—En absoluto —comentó el camarero—. Yo tampoco estaría aquí si pudiera estar en otra parte.
Seguía sin saber si January había hablado con May. Era posible que January no le hubiera contado nada a su hermana acerca de lo ocurrido en el hotel. En todo caso lo mejor era pecar de cauto.
—Señor Golding...
—Subamos a mi habitación —sugirió él.
—Creo que nos servirá mejor alguno de los salones del hotel —

dijo ella secamente al llegar a recepción.

—Bien —concedió él inclinando la cabeza—. Por este pasillo hay unas cuantas salas de conferencias —añadió Max cediéndole el paso.

May lo precedió. Era increíble cuánto se parecían las tres hermanas. Aunque January seguía siendo la mujer más bella que había visto nunca. ¿Por qué ninguna de ellas se había casado? ¿Acaso los hombres del pueblo estaban ciegos?, ¿o eran ellas quienes no estaban interesadas?

May entró en la sala de conferencias y se volvió hacia él. Lo miraba con tal intensidad que parecía penetrar su alma. Ella observó la forma en que él la contemplaba de arriba abajo y dijo:

—Lo han intentado muchos hombres, pero todos han fallado.

—¿Por qué? —preguntó Max sin molestarse en fingir que no sabía de qué hablaba.

—Quizá no pusieran el suficiente ahínco —contestó ella encogiéndose de hombros.

—¿Qué puedo hacer por ti, señorita Calendar?

—Apartarte de mi hermana —respondió ella directa—. Y por favor, no finjas que no sabes de qué hermana te estoy hablando.

—No pretendía hacerlo —aseguró él—. Pero, a menos que me equivoque, creo que a partir de hoy January no volverá a acercarse a mí. La decisión ha sido suya, como siempre. ¿No te lo ha dicho?

—¿Y qué te hace creer eso?

—No soy yo quien debe contestar a esa pregunta —respondió Max.

—¿No es un poco tarde para hacerse el caballero?

Max se puso tenso. El insulto era deliberado.

—¿Sabes?, señorita Calendar, creo que hoy ya he recibido suficientes insultos por parte de vuestra familia.

—Me alegro —asintió ella—, pero creo que March ni siquiera ha empezado.

—Pues dile que no se moleste —suspiró Max—. ¿Sabes? Vine aquí creyendo que ésta sería otra compra más, que se trataba simplemente de firmar un contrato. Nadie me advirtió de que tendría que enfrentarme a las hermanas Calendar.

—Somos únicas —rió May.

—Sí —confirmó Max—. ¡Y mi jefe, Jude Marshall, que piensa que sois tres viejecitas que no dejan de hacer punto!

—¿En serio? Quizá el señor Marshall debiera venir por aquí a hacer él mismo el trabajo sucio.

—Sí, quizá —asintió Max.

—Pero mientras tanto… no hagas daño a mi hermana, Golding —advirtió May seria—. January ya ha sufrido bastante últimamente.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Max alerta.

La mera idea de que un hombre le hubiera hecho daño lo ofendía.

—Nada, pero no te acerques a ella a menos que tus intenciones sean serias. ¿Lo son?

—No —negó Max.

—Lo que pensaba —contestó May sacudiendo la cabeza y recogiendo su bolso para marcharse—. Entonces te aconsejo que la dejes en paz.

—¿Y si no lo hago? —la desafió él.

—¡Entonces todas las Calendar tendrán que hacerte una visita!

—¡Ojalá hubiera tenido una hermana como tú cuando era pequeño! —exclamó a su vez Max sonriendo sin poder evitarlo.

—Dudo mucho que alguna vez permitieras a nadie hacer algo así por ti, Max —respondió May enigmáticamente—. Y ahora, si me disculpas. Te he dicho todo lo que tenía que decirte —añadió May marchándose.

¿Qué había querido decir exactamente May con ese último comentario?, ¿acaso se daba cuenta de que sólo trataba de proteger su corazón? Y si era así,

¿cómo lo había adivinado? En realidad eso no importaba. Lo importante era su mensaje, que había llegado alto y claro.

Bien, May Calendar no tenía de qué preocuparse. Max no tenía intención de acercarse a January otra vez. Sólo que no podía dejar de preguntarse a qué se refería May al decir que January ya había sufrido bastante.

## Capítulo 7

¿QUÉ quieres? —preguntó January al abrir la puerta de la granja y ver a Max con las botas llenas de barro.

Apenas hacía treinta y seis horas que había visto por última vez a ese hombre, pero no había olvidado lo ocurrido la noche del sábado. Y desde luego no le hacía gracia que se presentara en la granja justo cuando estaba sola. March estaba trabajando, y May había ido a una cita en la ciudad.

—Te he preguntado qué quieres —repitió January.

—¿Te encuentras bien? —murmuró él ronco.

—¿Y por qué no iba a estarlo?

—Lo vi por televisión, en las noticias. Anoche hubo otro ataque —contestó él metiéndose las manos en los bolsillos de los pantalones.

January abrió los ojos enormemente. No había oído nada.

—¿Y?

—Están siendo especialmente reacios a dar información en este caso, no quieren dar nombres ni detalles. Sólo han dicho que la última víctima está gravemente herida, pero que se recupera en el hospital —contestó Max.

—¿Y? —volvió a preguntar January impaciente—.

Lamento mucho que haya otra víctima, espero que esa mujer se recupere, pero si has venido a hablar de la compra de la granja...

—¡No he venido a eso! —la interrumpió él.

—Entonces, ¿qué haces aquí?

—¿Es que no es evidente?

—Me temo que no.

—¿Pero es que no has oído una sola palabra de lo que te he dicho? —suspiró Max impaciente.

—Sobre todo teniendo en cuenta con qué atención escucha todo el mundo cada una de tus palabras —recalcó January sonriendo sin ganas.

—January, conozco perfectamente tu opinión sobre mí...

—¡Lo dudo mucho!

Tras el terrible error cometido el año anterior, January había puesto especial cuidado en sus relaciones con los hombres, mostrándose amistosa pero también distante con cualquiera que demostrara interés por ella. Ni siquiera había vuelto a salir con ninguno después de la decepción que se había llevado con Ben. Y

sin embargo había acabado haciendo el ridículo con un hombre mucho más peligroso para ella que Ben.

—¿Sí? Oh, yo creo que sí —sonrió Max—, pero oí la noticia por la radio y... ¿dónde están March y May?

—March está trabajando, y May ha ido al dentista.

—Bien, es evidente que he cometido un error —dijo Max dispuesto a marcharse.

January lo observó con el ceño fruncido dirigirse de vuelta al coche. Max era arrogante. Detestable. Le había hecho daño. Pero lo que acababa de decir... ¿Sería posible que...?, ¿se presentaba en la granja sólo para... ?

—¿Quieres entrar a tomar un café?

Max se dio la vuelta lentamente y la miró extrañado.

—Eres muy amable, dadas las circunstancias.

—¿Es que no lo sabías? ¡Soy una persona amable!

En realidad no sabía por qué le había ofrecido café. Y desde luego no era porque quisiera estar con él. Quizá fuera simplemente porque tenía la impresión de que Max sólo quería saber si ella y sus hermanas estaban bien.

—No voy a esperar más de diez segundos, Max —advirtió January—. ¡Estoy empezando a congelarme los pies!

Max bajó la vista.

—Hablabas en serio cuando decías que te gusta ir descalza, ¿no? —murmuró él incrédulo, entrando en la cocina.

—Yo tampoco miento, Max —contestó ella poniendo el hervidor de agua a calentar—. Y por si quieres saberlo, voy descalza porque iba a mi habitación a ponerme calcetines secos cuando has llamado a la puerta. Acabo de volver del establo y he metido el pie en un charco. Se me metió nieve en las botas —explicó January.

—¿Tienes siempre tantos accidentes?

—Eso parece.

Siempre tropezaba con la misma piedra. Incluyéndolo a él. Max pareció adivinar lo que pensaba.

—January...

—Siéntate, Max. El café estará en un momento.

Max la observó moverse por la cocina. ¿Qué hacía él allí?, ¿de verdad estaba preocupado por si ella o sus hermanas habían resultado atacadas, tal y como sospechaba? Porque si era así, eso significaba que ella sí le importaba...

—¿Te ha contado May que vino a verme el sábado por la noche?

—Sí, me lo dijo —confirmó January dejando las dos tazas de

café sobre la mesa y sentándose frente a él—. Sírvete azúcar. May ha sido siempre nuestra guardiana desde que nuestra madre murió —explicó January con naturalidad.

Lo cierto era que se había enfadado mucho con May al saber adonde había ido.

—¡Desde luego hizo un buen trabajo advirtiéndome de que no me acercara a ti! —exclamó Max con una sonrisa falsa.

—Un poco tarde, evidentemente.

May siempre había protegido a January y a March, pero al crecer ambas hermanas habían empezado a encontrar su actitud irritante. Como poco. January se había puesto tan furiosa por lo del sábado, que sólo aquella mañana había vuelto a dirigirle la palabra a May. Aunque tenía que admitir a favor de Max que al menos él no le había contado lo ocurrido en su habitación el sábado.

—¿Cuándo murió tu madre? —preguntó él.

—Yo tenía tres años… hace veintidós años.

—Debió ser… —Max sacudió la cabeza—. Yo tenía cinco cuando mi madre nos abandonó.

Era evidente que se arrepentía de haberlo confesado, comprendió January al ver la expresión de Max, que él no supo ocultar a tiempo. January se preguntó si se lo habría confesado a alguien alguna vez. Desde luego no parecía una persona propensa a contar secretos.

—¿No deberías subir a ponerte algo en los pies?

—Sí, debería —contestó ella poniéndose en pie—. No tardaré.

No tardaría mucho, pero sí unos instantes. Lo suficiente como para calmarse. Lo último que necesitaba January era sentir compasión por él. Tampoco Max recibiría esa compasión con satisfacción ni se la agradecería. Igual que tampoco le habría gustado saber que estaba enamorada de él.

Porque, a pesar de todo lo ocurrido, seguía enamorada de él.

¿Qué estaba haciendo?, se preguntó Max impaciente al abandonar January la cocina. Ella no era la mujer que había sido atacada, lo había sabido nada más verla abrir la puerta. Así que, ¿por qué no se marchaba?

Porque no podía. Porque aquella mañana se había asustado muchísimo al oír la noticia. Porque al ver a January sana y salva había sido incapaz de apartar la vista de ella.

No tenía ni idea de por qué le había contado lo de su madre. Jamás se lo había contado a nadie. Y mucho menos el efecto que eso había tenido sobre él. De nada servía alegar que simplemente

había tratado de corresponderle, revelándole él un secreto tras contarle ella que su madre había muerto. Porque la madre de January había muerto, no la había abandonado.

Tenía que salir de allí. Cuanto antes. Pero antes incluso de que pudiera ponerse en pie May abrió la puerta y entró, abriendo los ojos inmensamente al verlo allí.

—January está arriba poniéndose calcetines secos.

—¿Y qué ha sido de los que llevaba esta mañana? —preguntó May quitándose la chaqueta y colgándola de un perchero.

—Se cayó a un charco.

—Ah —asintió May sin sorprenderse—. ¿Quieres otra taza de café?

—No, gracias. ¿Qué tal tu revisión?

—¿Cómo dices?

—January me ha dicho que has ido al dentista.

—Ah, sí—asintió May—. Bien —añadió sin explicar nada más.

Max la observó. May había esbozado una expresión de confusión al preguntarle por la revisión. Y ni siquiera había querido mirarlo a los ojos al contestar. Indudablemente May Calendar no había ido al dentista. Pero entonces, ¿adonde había ido?, ¿y por qué le había mentido a su hermana? Aunque en realidad eso no era asunto suyo...

—¡May! —exclamó January al entrar en la cocina—. ¿Qué tal...?

—Lo del dentista ya lo hemos comentado —la interrumpió Max —. Tu hermana tiene los dientes perfectos. Como tú.

Era evidente por su expresión que January había captado la indirecta. Recordaba perfectamente el mordisco que ella le había dado en el hombro el sábado anterior, mientras él besaba sus pechos. Lo que ella aún no sabía era que tenía una marca. January se ruborizó. Así que no le había contado nada a May de lo sucedido la noche del sábado. Max no se sentía particularmente orgulloso de ello, las cosas se le habían ido de las manos. Y menos orgulloso aún estaba de la cínica explicación que le había dado de lo ocurrido a ella después.

Porque fuera lo que fuera lo que le hubiera dicho, aquella noche Max no había podido dormir. Ni tampoco había podido hacerlo a la noche siguiente, para el caso. Había pasado ambas noches pensando, haciéndose reproches. En parte quería confesarle a January que todo lo que había dicho era mentira, que sólo trataba de defenderse. Pero por otro lado sabía que confesarlo era admitir mucho más, y eso no podía hacerlo. Ni lo haría.

La noticia del ataque había echado por tierra sus planes, sin embargo. La idea de que January estuviera herida en el hospital lo había asustado. Lo primero que había hecho había sido llamar a la policía, pero el agente se había negado a informarle del ataque y más aún a darle el nombre de la víctima. Luego había llamado al hospital, donde también se habían negado a informarle, aunque con más amabilidad. Por eso no le había quedado más remedio que presentarse en la granja. Pero, una vez tranquilo, no tenía nada más que hacer allí.

—Debería marcharme...

—No te marches por mí —alegó May con una sonrisa burlona, tomando café.

—Creo que ya os he entretenido lo suficiente por hoy —insistió él—. Seguro que tenéis mucho que hacer.

—El trabajo puede esperar—contestó May—. Siempre hay algo que hacer en una granja.

—En ese caso... —comenzó a decir él.

—Pero eso no significa que queramos vender —lo interrumpió January.

—Sólo iba a preguntar por qué no contratáis a alguien para que os ayude —se explicó Max.

—Buena pregunta —afirmó May. . —¡Sí, vaya pregunta! —exclamó January—. Está el problema de pagar un sueldo, ¿sabes? Porque ya te habrás percatado de que no podemos, supongo.

—January, Max sólo estaba preguntando —la regañó May volviéndose hacia él y sonriendo—. El año pasado, cuando murió nuestro padre, contratamos ayuda, pero no salió bien.

January se puso muy pálida. May se mostró evasiva, haciéndolo preguntarse en qué sentido las cosas no habían salido bien.

—Era sólo una idea —comentó él encogiéndose de hombros.

—Muy poco práctica —añadió January de mal humor—. Aunque supongo que a ti te gustará oírlo. Después de todo, si no pudiéramos ocuparnos de la granja, sería perfecto para ti.

—January...

—No te dejes engañar, May —la interrumpió January—. Max está deseando que fracasemos. ¡Pues sigue soñando, Max! ¡Jamás te harás con esta granja! Y ahora, si me disculpas... ¡Quédate tú a hablar con él, May, yo tengo cosas que hacer!

January salió dando un portazo. May y Max esbozaron una mueca y se miraron.

—¿Qué has hecho esta vez para enfadarla? —preguntó ella.

—¿Es que necesito hacer algo para que se enfade conmigo? —preguntó él a su vez.

—No —suspiró May.

—Eso pensé —asintió él—. ¿Cómo se llamaba?

May lo miró dubitativa unos segundos, pero finalmente se encogió de hombros y contestó:

—Ben.

La admiración de Max por aquella mujer crecía por segundos. No sólo hacía el papel de madre para sus dos hermanas, sino que además era inteligente y una bella persona, aparte de guapa.

—Gracias —dijo él inclinando la cabeza.

—¿Por qué?

—Por no insultarme negando que él fuera el hombre que os ayudó el año pasado. Supongo que es el mismo del que me contaste que la hizo daño —explicó Max.

—¿Y qué ganaría negándolo? —preguntó May encogiéndose de hombros—. Ya me di cuenta el sábado de que había hablado más de la cuenta. Y tú eres un hombre inteligente...

—Gracias otra vez.

—Pero eso no significa que me gustes —advirtió ella con ojos verdes fogosos.

—Es una lástima... —sonrió Max—, porque tú a mí sí me gustas. No, no en ese sentido —aseguró él al ver su expresión escéptica—. ¡Me basta con una de las hermanas!

—Me alegro, pero, Max, ¿qué estás haciendo con mi hermanita?

—¿Cómo diablos voy a saberlo yo? —suspiró Max.

—¡Pues si tú no lo sabes, yo menos! —rió May incrédula.

¿Qué estaba haciendo? January había dicho claramente que no quería volver a verlo, así que si Mahoma no iba a la montaña, la montaña tenía que ir a Mahoma. Sin embargo podía haber llamado simplemente por teléfono para saber si estaba bien.

—¿Lo has descubierto ya, Max? —preguntó May al cabo de un rato en silencio. Él alzó la vista—. ¿Sabes qué? Vuelve al hotel, dale a January algo de tiempo para que se calme. Y luego vuelve a cenar con nosotras esta noche.

Max frunció el ceño suspicaz. ¿Por qué lo invitaba May a cenar? Ella no tenía ninguna razón para confiar en él más de lo que confiaban sus hermanas... May se echó a reír al ver su confusión y añadió:

—Es mi forma de darte las gracias por haber evitado que mintiera esta tarde cuando January me preguntó por la cita con el

dentista.

Así que sus sospechas eran ciertas. Pero tampoco a él iba a contarle adonde había ido esa tarde en realidad.

—A January no le va a gustar —advirtió Max.

—Por si no te habías dado cuenta, mi hermana pequeña no está muy contenta conmigo últimamente, de todos modos —explicó May encogiéndose de hombros—. No creo que asociarme con el enemigo pueda empeorar más las cosas.

—¿El enemigo?, ¿es así como me veis?

La idea no resultaba muy agradable, Max tenía que admitirlo.

—Ven a cenar, Max —insistió May riendo—. Esta noche hay pollo, y no creo que pruebes la comida casera muy a menudo.

Aquella mujer era sagaz, pensó Max.

Capítulo 8

¿QUE has hecho qué? —preguntó January incrédula. —He invitado a Max a cenar con nosotras esta noche, así que pon cuatro platos —repitió May con calma—. No creo que tarde en llegar.

—¿Es que te has vuelto loca, May?

—No, que yo sepa. Escucha —respondió May resuelta, viendo a su hermana a punto de saltar—, ¿no es mejor... digamos conocer a Max un poco, y dejar que él nos conozca a nosotras? Resulta mucho más difícil perjudicar a alguien cuando se le conoce personalmente.

—¡Pues no parece que a Max le cueste mucho! —exclamó January.

No podía creer que su hermana lo hubiera invitado a cenar. Ni que él estuviera dispuesto a aceptar. Max tenía que saber que no sería bien recibido.

—Creo que en eso te equivocas, January. De hecho creo haberlo visto incluso vacilar, no creo que le guste echarnos de aquí —añadió May contenta.

—¡Imaginaciones tuyas! —exclamó January sacudiendo la cabeza—. Y March estará de acuerdo conmigo en que te has vuelto loca.

—Espera, ya veremos —replicó la hermana mayor encogiéndose de hombros enigmáticamente.

—Espera tú, si quieres —soltó January poniendo deliberadamente sólo tres platos en la mesa—. ¡Yo prefiero salir a cenar fuera!

—January...

—¡Dios, vaya nochecita! —se quejó March entrando en la cocina—. Y hablando de noches, mirad a quién me he encontrado ahí fuera.

March dio un paso adelante. Max estaba tras ella. January se quedó mirándolo. No podía creer que May esperara que cenara con él. Ni que él se atreviera a sentarse a la misma mesa. ¿Tan insensible era?, ¿es que no se daba cuenta de que no era bien recibido?

—¡Cerrad la puerta, por el amor de Dios! —exclamó May—. Parece que el tiempo empeora.

—Así es —confirmó March—. Yo no echaría fuera ni a un perro. ¿Piensas quedarte mucho, señor Golding?

Como siempre, March iba directa al grano. January desvió la

vista hacia ella admirada, lanzándole después una mirada triunfal a May.

—Max es mi invitado, March —explicó May.

—¿En serio? —preguntó March sorprendida.

January, en cambio, no estaba sorprendida. Pero el hecho de que el tiempo hubiera empeorado significaba que ella no podía salir a cenar.

—En ese caso será mejor que suba a cambiarme para cenar —comentó March.

—No te molestes por mí —intervino Max tomando la palabra por primera vez—. May me aseguró que sería una cena informal.— No voy a vestirme de gala para cenar, señor Golding —respondió March burlona—. Sólo voy a quitarme esta ropa —añadió echándose a reír y marchándose.

—Vigila la salsa por mí, ¿quieres, January? —rogó May siguiendo a March por las escaleras.

Dejarla a solas con Max en la cocina era una idea genial. Justo lo que necesitaba.

—¿Te dijo May que vendría esta noche a cenar? —preguntó él observando los tres platos sobre la mesa.

—Estábamos… discutiéndolo cuando llegaste.

—Quieres decir que le estabas diciendo a tu hermana que la idea no te emociona precisamente —la corrigió Max burlón.

—Deberías habértelo figurado —contestó ella dejando el cuarto plato sobre la mesa—. ¿Cómo has podido venir?, ¿qué pretendes conseguir? Puede que te hayas ganado a May, aunque no comprendo por qué, pobrecilla, pero te aseguro que March y yo no vamos a dejarnos engañar.

—Ella es especial, ¿verdad? —murmuró él sonriendo y mirando en dirección a las escaleras.

—¿May, o March?

—Las dos, en realidad —sonrió Max—. Aunque por razones distintas, por supuesto.

—Por supuesto —convino January sarcástica, sin la menor idea de qué hablaba él.

May estaba irreconocible, su comportamiento era absolutamente ilógico. Pero por suerte March seguía siendo la misma de siempre.

—Traigo una oferta de paz —añadió Max alzando una botella de vino y dejándola en la mesa—. May dijo que había pollo, así que… Está helada.

—¿Por qué has venido, Max?

—May me invitó —respondió él encogiéndose de hombros.

—¿Sabes? —continuó January—, cuando era pequeña era yo siempre la que traía animales heridos a casa. May siempre me advertía que no sobrevivirían fuera de su medio ambiente, fuera de la compañía de los suyos, de los de su clase.

—Espero que con eso no quieras decir que soy como un animal herido.

—¡Quería decir que deberías quedarte con los de tu clase! —exclamó January impaciente.

—¿Y de qué clase soy exactamente, January? —sonrió él abiertamente.

—¡Un depredador!

—Tengo la sensación de que vosotras tres podríais muy bien cazar a cualquier hombre. Aparte de superarlo en número —comentó Max sonriendo seductoramente.

January procuró por todos los medios mantener su expresión airada, pero falló. Y terminó por sonreír también. ¿Qué tenía aquel hombre?, ¿cómo era posible que a pesar del enojo y de la distancia que procuraba mantener acabara siempre sonriendo? No tenía sentido.

—January —murmuró él en voz baja, cruzando la cocina para acercarse a ella y tomar su rostro con ambas manos—, creí sinceramente que podías ser la víctima de ese ataque.

_¿Y eso te habría afectado? —preguntó ella conteniendo la respiración.

—¡Por supuesto que me habría afectado! ¡Y tú deberías saberlo! —exclamó Max contemplándola lleno de frustración.

—Ya no estoy segura de nada, Max —sacudió ella la cabeza—. Primero… me haces el amor y luego… ¡Los dos sabemos qué hiciste luego! —exclamó una vez más ella, apartándose.

Las manos de Max cayeron a los costados. Justo a tiempo, ya que casualmente las dos hermanas ausentes volvieron en ese momento a la cocina. May notó enseguida que January y Max estaban los dos de pie muy separados. La tensión entre ambos era evidente.

—March acaba de contarme que ha habido otro ataque —comentó May acercándose a controlar la comida.

—Quería decírtelo antes—intervino January—, pero se me olvidó.

—Sí, y yo quería decíroslo a las dos nada más entrar —musitó March—, pero a mí también se me olvidó.

Ambas hermanas miraron a Max, el culpable de ambos olvidos.
—Sí, parece que la cosa es grave —comentó Max.
—Así es —confirmó March.
—Pues cuéntanoslo, March —rogó May impaciente.
—Fue Josh —anunció March aún incrédula.
—¿Fue qué? —preguntó January confusa aún por la forma en que Max la había tocado.
—¿Josh...? —repitió Max—. ¿El mismo que se casa este sábado con vuestra prima Sara?
—El mismo —confirmó March—, aunque aún no sé si la boda se retrasará, dadas las circunstancias.
—Llamaré ahora mismo a la tía Lyn —asintió May—. ¡Ha debido ser terrible para todos!
—Espera un minuto —protestó January, que había estado escuchando la conversación con creciente incredulidad—. Tiene que haber un error, han debido equivocarse de hombre. Josh es incapaz de atacar a nadie, y menos aún a siete mujeres.
—¡No, no, es al revés! —la corrigió March—. Fue Josh quien fue atacado. Y está muy grave, según he oído.
—¿Qué demonios....? —preguntó Max, tan confuso como January.
—¡Pero él es un hombre! —exclamó January.
Por lo que Max sabía, a pesar de haber estado fuera del país durante varios meses, todas las personas atacadas eran mujeres.
—¿Y aún así siguen creyendo que se trata del mismo Asaltador Nocturno? —preguntó él.
—Están absolutamente seguros —confirmó March—. Es el mismo M.O, o como lo llamen.
—Modus Operandi —explicó Max—. Es latín.
—Tú debes saberlo, eres abogado —sonrió March.
—No sería un buen abogado si no lo supiera —reconoció él.
—Todas estamos seguras de que lo eres —añadió March.
—Gracias —contestó él sospechando que no era un halago y que March tenía una lengua muy afilada—.

Comprendo que el método de ataque sea el mismo, pero el hecho de que en este caso la víctima sea un hombre lo hace completamente diferente.
En realidad a ojos de Max no tenía ningún sentido. Cierto que las seis primeras víctimas, mujeres, habían sido golpeadas y no violadas, pero a pesar de todo eso no explicaba que la séptima fuera

hombre… y menos aún que fuera el bueno de Josh. No era de extrañar que la policía se negara a facilitar información.

—Sara debe estar destrozada —repuso January.

Tal y como Max ya sabía, de las tres hermanas January era siempre la más comprensiva y la que más pensaba en los demás.

—Si no os importa esperar, voy a llamar a la tía Lyn para saber cómo está Josh —comentó May—. Y Sara, por supuesto —añadió May distraída saliendo de la cocina.

—Abriré el vino —repuso Max—. ¿Me das un sacacorchos, January?

—Ah, sí —respondió ella sacándolo de un cajón.

—¿Y vasos, March? —añadió él, notando lo asustadas que estaban las tres hermanas.

March parpadeó, sonrió en su dirección al comprender lo que pretendía y contestó:

—¡Sí, señor!

—Gracias —respondió él.

—De nada —dijo March—. Mmm… justo lo que necesitábamos para animarnos —añadió dando un sorbo.

—Quizá hubiera debido traer dos botellas —bromeó él.

—Quizá —asintió March.

—¿January? —la llamó Max al ver que ella no bebía.

De hecho January parecía por completo distraída. Su tez estaba pálida, sus ojos tenían un tono gris tan profundo que parecían negros. Era terrible que la última víctima del Asaltante Nocturno fuera su futuro primo Josh, pero January parecía mucho más sorprendida por ello que sus hermanas.

—Sigo sin poder creerlo —comentó January tomando la copa y dando un sorbo—. Debe haber algún error. No puedo creer que nadie trate de hacer daño deliberadamente a Josh. Es un buen chico, simpático y buena persona. No creo que tenga ningún enemigo…

De pronto January se interrumpió, esbozó una expresión de horror y desvió la vista lentamente hacia Max. Aquella forma de mirarlo no le gustó en absoluto. Era imposible que January creyera que…

—January…

—¿Sí? —contestó ella tragando, más asustada que nunca.

—March, ¿quieres dejarnos a solas unos minutos? —rogó Max sin apartar la vista de January.

—January… —preguntó a medias March.

—Sí, tranquila —asintió January.

—Entonces voy a ver qué tal le va a May —dijo March marchándose.

Max se acercó a January y alzó su rostro por la barbilla obligándola a mirarlo. No le gustaba nada lo que veía en sus ojos.

—No pensarás en serio que yo he tenido algo que ver con el ataque a Josh, ¿verdad? —preguntó Max incrédulo.

Era evidente que la idea había cruzado por su mente. Aunque sólo fuera brevemente.

—No, claro que no —repuso January adoptando una actitud más normal—. Por supuesto que no —repitió con firmeza, sacudiendo la cabeza.

—¡Invité a tu primo a una copa, por el amor de Dios! —exclamó Max sacudiéndola por los hombros—. ¡Y él me invitó a mí a otra!

¿Podía culparla por pensar algo así? Había tenido comportamientos contradictorios con ella desde el momento de conocerla, sus actos debían parecerle de lo más ilógico. Sin embargo resultaba inquietante que January sospechara de él. Y doloroso.

—¡Claro, una cosa así os hace compañeros para toda la vida! —exclamó ella sonriendo.

—No necesariamente —confesó él comprendiendo que su argumento era ridículo y soltando a January—. Pero aunque pienses lo contrario, yo no soy una persona violenta. Quizá lo mejor sea que me marche...

—No te vayas por mí, por favor —rogó January interrumpiéndolo—. Lo... lo siento, es que estoy un poco... alterada.

Él también estaba alterado. Y enfadado. Consigo mismo, por haberle dado motivos a January para sospechar de él. Max sacudió la cabeza y añadió:

—Aun así sigo pensando que sería mejor que me marchara...

—¿Quién se marcha? —preguntó March entrando en la cocina.

—Yo —afirmó Max—. Creo que ya he estado aquí demasiado tiempo.

—Puede, pero no creo que puedas marcharte ahora —objetó March—. Acabo de ver las noticias en la televisión. La tormenta de nieve se ha convertido en un vendaval. Están recomendando a todo el mundo que se quede en casa y salga sólo si es imprescindible.

—Me temo que March tiene razón, Max —la apoyó May entrando también en la cocina—. Le he preguntado a la tía Lyn si podía ir a visitar a Josh esta noche, y me ha dicho que sí, pero que han recomendado a todo el mundo que se quede en casa.

Entonces March puso la televisión y lo vio.

—Me temo que esta noche no vas a ninguna parte, Max.

Max volvió la vista inquisitiva hacia January justo a tiempo de ver su expresión de pánico, que ella no pudo ocultar.

Capítulo 9

ERES realmente muy amable —observó Max desde el dintel de la puerta mientras January le preparaba la cama en la que iba a dormir.

January seguía sin creer que hubiera podido sospechar de él. Peor aún, no podía creer que le hubiera permitido percatarse de esas sospechas. Por supuesto que Max no tenía nada que ver con el asalto a Josh. Lo había pegado al besarla, cierto, pero el sábado por la noche también había puesto de relieve que no sentía nada por ella. Por eso no tenía sentido esa violencia.

—Quiero pedirte disculpas por... bueno, por cualquier pensamiento que haya podido tener antes... —se disculpó January.

—¿Acerca de que pueda ser la persona que atacó a Josh? —preguntó Max entrando en el dormitorio que había sido del padre de January—. Si te hace sentirte mejor, January, estoy seguro de que la policía será informada del incidente que tuve con Josh en el bar del hotel, y sin duda seguirán la pista. Seguro que me interrogan. ¿Era ésta la habitación de tu padre?

January se volvió hacia él. Max observaba la habitación. Sobre la cómoda seguía el peine de su padre y unos libros, además de una fotografía de las tres hermanas sobre la mesilla. Max se inclinó para recogerla y estudiarla unos minutos, dejándola luego en su sitio.

—Muy bonita —murmuró él.

January desvió la vista. Se había sentido incómoda con él durante toda la cena. Y luego, mientras veían las noticias en la televisión repitiendo la advertencia de no salir de casa. Lo menos que podía hacer por él era prepararle la cama.

—Sí, espero que no te importe. La única cama libre que queda en la granja está en un pequeño dormitorio en el garaje, y no la usa nadie desde el verano.

—¿Era la habitación que usaba la persona a la que contratasteis?

¿Cómo sabía él...? Sí, May y ella habían hablado de eso delante de él. Aunque Max demostraba quizá demasiado interés.

—Sí —confirmó January cauta, observándolo.

—No pensé que te importara si me hielo por la noche o no.

—Bueno, nos costaría un poco explicar que te hubieras congelado a cualquiera que viniera preguntando por ti —contestó January encogiéndose de hombros.

—Suponiendo que viniera alguien preguntando por mí.

—¡Seguro que Jude Marshall sí! —exclamó ella.

Max volvió a tomar la foto de la mesilla.

—Puede ser —respondió Max—. Eras muy pequeña cuando tomaron esta foto.

—Sí, unos dos años y medio —asintió January acercándose a mirarla—. March tenía tres y medio, y May poco más de cuatro.

—Igual que tres guisantes —comentó Max recordando la descripción de su padre—. Parece que hay alguien de pie detrás de ti. Mira, ¿lo ves? —continuó señalando el hombro izquierdo de May y el derecho de March en la foto. January estaba exactamente en medio—. ¿Es tu padre?

—Mi padre fue quien tomó la foto —repuso ella.

—¿Entonces quién... ?

—Mi madre —afirmó January bruscamente, quitándole la foto y dejándola en su sitio.

—¿Tu madre?, pero...

—¿Quieres algo más antes de irte a la cama? —lo interrumpió January cambiando de tema—. ¿Una taza de café, algo de comer?

—No, gracias —contestó él mirando la foto—. ¿No es raro?, ¿por qué iba a cortar tu padre a tu madre de la foto? Seguro que fue una de las últimas que tomó de ella.

—Sí, probablemente —confirmó January.

January le había hecho la misma pregunta a su padre. Y la respuesta de él de que la foto no cabía en el marco si no la cortaba le había parecido muy rara. January tenía entonces siete años. Y le bastó con mirar la expresión del rostro de su padre para no volver a preguntar jamás.

—No necesito nada más, gracias —contestó Max escrutando su rostro—. Y puedes estar tranquila, desapareceré de tu vista en cuanto cambie el tiempo.

—Bien —contestó ella distraída, comprendiendo segundos después lo que había dicho—. Lo siento, sólo quería decir que...

—Sé qué querías decir, January —rió Max acercándose—. Exactamente lo que has dicho. Pero no te culpo. Si yo fuera tú, pensaría lo mismo.

Pero quizá May tuviera razón después de todo. Quizá conocer personalmente al enemigo hiciera el asunto más difícil para Max. Al menos eso esperaba.

—Nos veremos mañana —se despidió ella distante y decidida.

—¿Es que no vas a arroparme y a darme un beso de buenas noches? —inquirió él.

—No, ni tampoco voy a leerte un cuento —contestó ella

volviéndose desde la puerta.

—Lástima —bromeó Max sentándose en la cama—. A propósito, mañana me gustaría acompañarte.

—¿Acompañarme adonde?

—A ver a Josh, claro —afirmó él—. Porque irás a verlo mañana, ¿no?

—Si el tiempo mejora... —confirmó ella—. Max, ¿estás seguro de que es buena idea para ti...? ¿Qué haces? —añadió al verlo acercarse a ella en sólo dos pasos.

—January, voy a decírtelo una vez más, pero es la última. Yo no tuve nada que ver, repito, nada que ver con el asalto de Josh.

—Yo no... Max, me haces daño...

Max la agarraba de los hombros y la sacudía suavemente.

—En este momento me gustaría... ¡pero te repito que no soy una persona violenta! —exclamó Max inclinándose sobre ella y besándola con fuerza.

El beso estaba lleno de ira, una ira que él se negaba a expresar de otra manera. January lo recibió con la ternura que anhelaba darle, pero que no se atrevía a demostrar de otra manera...

Y fue esa ternura la que finalmente venció. Max gimió, tomó el rostro de January con ambas manos y bebió el terciopelo de su boca. Finalmente alzó la cabeza y apoyó la frente sobre la de ella.

—Eres la mujer más extraordinaria que he conocido jamás —murmuró Max.

—¿Lo soy?

—Mmm... —asintió él—. Primero piensas que soy el asaltante, y segundos después me besas...

—¡Pero Max, si no me has dejado terminar la frase! —protestó ella—. Sólo iba a decir que, dada tu relación con Marshall Corporation, quizá no fuera muy inteligente por tu parte acompañarme a ver a Josh. No creo que te convenga relacionarte con la familia.

—Puede ser, pero el aviso llega tarde. Y voy a ir a ver a Josh. Quizá él viera a la persona que lo atacó. Quizá...

—Max, la policía se ocupará de eso —lo interrumpió January—. Eres abogado, no policía.

—Pero hay algo que no encaja —sacudió él la cabeza—. Algo distinto del hecho de que en esta ocasión el ataque fuera a un hombre en lugar de a una mujer.

—Max...

January se interrumpió al oír golpes en la puerta. Evidentemente

se trataba de una de sus hermanas, que debía estar preguntándose por qué tardaba tanto en hacer una cama. January se apartó de Max.

—Adelante. Sólo quería asegurarme de que Max no necesita nada más antes de irse a la cama —explicó January en dirección a su hermana mayor.

May observó a Max con aires de reprobación y luego volvió la vista hacia su hermana, preguntando:

—¿Y necesita algo?

—No, tengo todo lo que cabría esperar —contestó Max.

—Si quieres un pijama, hay un par de ellos en el primer cajón de la cómoda —repuso May.

—Siempre duermo desnudo, pero gracias —respondió él.

—Hace más frío en la granja de lo que crees —sonrió May.

—No tanto.

—May, dejemos que Max se acueste —sugirió January hastiada de aquella batalla verbal.

—Aquí nos levantamos a las seis en punto —advirtió May.

—Bien, no me vendría mal una taza de té caliente a esas horas —comentó Max.

—Nadie en esta casa toma té en la cama, así que tú tampoco. Aunque seas un invitado —respondió May.

—Pues a mí no me importaría llevaros un té a la cama —dijo él encogiéndose de hombros.

—Estoy convencida… —repuso May.

—Te está tomando el pelo, May —la interrumpió January una vez más, sacudiendo la cabeza con reprobación en dirección a Max y riendo—. Pero si decides prepararte un té de madrugada, recuerda que nosotras lo tomamos sin azúcar —añadió empujando a su hermana a la puerta—. Fuiste tú quien lo invitó —le recordó a May nada más salir de la habitación.

—Puede, pero ya te dije por qué. ¡Y no se me ocurrió ni por un segundo que tendría el valor de seducir a mi hermanita delante de mis narices! —exclamó May indignada.

—Tu hermanita tiene veinticinco años —le recordó January—. Sé cuidar de mí misma.

—No cuando se trata de Max Golding, acabo de darme cuenta —le contradijo May—. January, ¿vas en serio con…?

—¿Podemos dejar esta discusión para mañana, May? —la interrumpió January por tercera vez—. Esta noche no tengo ganas de discutir sobre Max.

—Está bien —accedió May observándola—, pero... bueno, no importa —añadió sonriendo y sacudiendo la cabeza—. Mañana por la mañana lo veremos todo de un modo diferente.

Teniendo en cuenta que no esperaba dormir nada con January tan cerca y al mismo tiempo tan inaccesible, Max se sorprendió al mirar el reloj y ver que eran casi las siete. ¡Más que la hora de servirles un té en la cama a January y a sus hermanas!

Max sonrió imaginando la indignación de May ante la escena. Fuera cual fuera la razón por la que la hermana mayor lo había invitado a cenar, evidentemente había cambiado de opinión al ir a buscar a January a su habitación la noche anterior. Era inteligente, se dijo. Porque por mucho que tratara de mostrarse distante, de centrarse en los negocios y de no entrar en el terreno personal, invariablemente acababa besando a January. Quizá...

Max oyó una puerta cerrarse seguida de ruidos amortiguados en el exterior. Evidentemente las tres hermanas estaban levantadas. Y May, sin duda, se estaría preguntando cómo no se levantaba él. Y además tenía razón: hacía frío en la granja. Max lo descubrió al levantarse, tras lo cual se apresuró a vestirse y a dirigirse al baño al otro lado del pasillo. El suelo de cerámica estaba helado. En lugar de endurecerse se hacía cada día más blando. Evidentemente no estaba preparado para afrontar aquellas duras condiciones, lo cual le hizo preguntarse por qué las hermanas Calendar insistían en...

Sólo May y March estaban en la cocina cuando él bajó.

—¿Café? —ofreció March

—Gracias —asintió él distraído. [redacted] May tomaba café sentada a la mesa, en silencio, sin hacerle caso.

—Sírvete azúcar y leche —añadió March—. January está en el establo vigilando el primer ordeño de la mañana, por si te lo estabas preguntando.

¿Tan evidente era?, se preguntó Max.

—Sí, después de haber limpiado de nieve las puertas y el camino que lleva al establo —señaló May en tono de reproche.

Mientras él seguía en la cama.

—¿Puedo hacer algo para ayudar? —se ofreció Max.

La oferta era ridícula. No sabía nada acerca de granjas. Lo mismo debió pensar May, que sugirió sonriendo:

—¿No estorbar?

Eso de ser un estorbo no le sentaba muy bien. Max se puso en pie estrepitosamente y dijo:

—De todos modos creo que voy a ir a ver si puedo ayudar a

January.

—Y yo creo que ya has hecho bastante por ella —repuso May reclinándose en el respaldo de la silla.

Max se puso la chaqueta sin dejar de mirarla especulativamente. Fueran cuales fueran los progresos que hubiera hecho el día anterior con May, sin duda todos habían quedado olvidados tras retener a January por la noche en su dormitorio. May volvía a ser la gran protectora de su hermana.

Max jamás se había enfrentado a la desaprobación de una familia, sobre todo porque jamás había conocido a la familia de ninguna de las mujeres con las que había estado. Necesitaba salir de allí, y no sólo de la granja. Pero sería difícil, descubrió nada más abrir la puerta. May no bromeaba al hablar de la nieve. Había una capa de unos cuantos centímetros a los lados del camino que llevaba al establo y otro tanto contra las paredes de éste.

—Nuestro tío, el padre de Sara, vendrá a retirar la nieve a última hora de la mañana —aseguró March sonriendo burlona al ver la expresión de Max ante semejante panorama.

Max ni siquiera se molestó en contestar. Se marchó al establo, cuidando de no resbalar en la nieve. Al menos había dejado de nevar. No sabía muy bien qué esperaba ver allí, pero desde luego no esperaba nada de lo que vio y oyó: las máquinas de ordeñar eléctricas, y a January... con vaqueros metidos por dentro de las botas, que le llegaban a las rodillas, un abrigo excesivamente grande que casi le rozaba las botas, una bufanda envolviéndole toda la cara, y el pelo recogido por dentro de un gorro de lana de colores. Sólo se le veían los ojos.

Ella se echó a reír al ver su expresión de asombro. Se bajó la bufanda, sonrió y dijo:

—¿Comprendes ahora a qué me refería cuando decía que el amor a primera vista es poco práctico?

—Desde luego esto supera con creces lo del tubo de la pasta de dientes y lo de ir descalza —contestó él acercándose—. May parece aún un poco molesta conmigo esta mañana.

—¿Contigo también? —preguntó January encogiéndose de hombros—. Ya se le pasará. Aquí hace frío, vete a casa. Yo terminaré enseguida.

—Podré soportarlo, te esperaré.

Le gustaba observarla trabajar con aquel atuendo, cambiando los aparatos de ordeñar de un grupo de vacas a otro. Y no podía dejar de preguntarse qué pensaría la clientela del bar si vieran a la

cantante en aquel momento.

A pesar de todo January seguía siendo para él la mujer más bella del mundo. ¿Qué le ocurría? Max no tuvo tiempo de pensar, porque en ese instante su móvil comenzó a sonar. No era el mejor momento. Sobre todo porque sabía quién llamaba. A pesar de la diferencia de horarios entre Inglaterra y América, Jude dormía poco, y no le importaba molestar a los demás.

_,—No deberías contestar? —sugirió January con curiosidad.

_Si es importante seguro que vuelven a llamar —contestó él encogiéndose de hombros.

Cuanto más insistía el soniquete del teléfono, más seguro estaba Max de que era Jude. ¿Pero cuándo se había permitido Max no responder a una llamada suya? Justo en ese momento, en el establo, mientras observaba a la mujer que estaba volviéndolo loco.

Capítulo 10

JANUARY suspiró aliviada cuando al fin Max desvió la vista y contestó al teléfono. La ponía nerviosa que la observara de esa manera. En primer lugar por su atuendo, aunque fuera el habitual cuando trabajaba en la granja. Y en segundo lugar porque la experiencia le había demostrado que no podía estar con aquel hombre más de dos minutos sin acabar en sus brazos.

Y no era que nada así fuera a ocurrir en ese momento. Max tenía que estar ciego y muy enamorado para encontrarla atractiva esa mañana. Y ella sabía que no estaba ni ciego, ni enamorado.

—¿Es que no duermes nunca, Jude? —le oyó decir por teléfono.

¿Jude?, ¿Jude Marshall?, se preguntó January.

—Jude, creo que ya mantuvimos esta misma conversación ayer —añadió Max de mal humor.

Indudablemente sobre la granja, pensó ella. January escuchaba la conversación sin ninguna vergüenza.

—Sencillamente no quieren vender, Jude —continuó Max—. Por supuesto, eso es prerrogativa tuya. No, no, yo no... Yo... —Max se interrumpió al oír a una vaca mugir fuertemente a su lado—. ¿Que qué ha sido eso? Tengo puesta la televisión, Jude, las noticias. ¡Jude, no creo que me hayas llamado para preguntarme qué estoy viendo por televisión! Pero, para tu información, tenemos aquí un vendaval de nieve..—. Sí, un vendaval. Estoy helado y harto de esta situación... ¡Pues despídeme! —exclamó Max colgando inmediatamente después.

January se quedó mirándolo. ¿Sería posible que se hubiera despedido? Y si era así, ¿por qué?

—No te preocupes tanto —la calmó Max—. Jude no va a despedirme. Nos conocemos desde hace demasiado tiempo como para eso.

¿Entonces se trataba sólo de una bravuconada? January apenas podía contener la desilusión. Por un segundo había creído que...

El móvil volvió a sonar. Evidentemente Jude Marshall no estaba dispuesto a aceptar un no por respuesta. Por supuesto, de otro modo Max no seguiría allí, se dijo January. Haría bien en recordar el motivo por el que Max estaba allí: para comprar la granja. Y por ninguna otra razón. January deseó no estar tan enamorada de él.

——¿January...?

January bajó la vista. No quería que Max viera sus lágrimas.

—¿No deberías contestar? —sugirió ella con voz ronca.

—Puedo hablar con Jude en cualquier otro momento —respondió Max desconectando el teléfono—. January...

—Estoy ocupada, Max —dijo ella apartándose al ver que él alargaba los brazos para estrecharla—.

Además, estás helado. Mi tío despejará el camino enseguida, podrás volver al hotel. Y reservar un billete de vuelta a América.

—¿Es eso lo que quieres?

—Claro —aseguró January—. Volver a nuestra vida de siempre, ¿no es lo que queremos todos?

—¡Mi vida no está en América!

—Bueno, pues donde esté —contestó January encogiéndose de hombros.

January deseaba que se marchara antes de que las lágrimas resbalaran por sus mejillas. Sencillamente no podía soportar la idea de no volver a verlo jamás. Max la observó unos minutos, serio.

—Está bien, volveré a casa y esperaré a tu tío —accedió él al fin de mala gana—, pero iré contigo a ver a Josh —añadió en tono de advertencia.

—No creo que pueda evitarlo si te empeñas.

—¿Preferirías que no fuera?

—Max, no creo que lo que yo quiera tenga importancia en lo que a ti respecta. Y ahora, si no te importa, estoy ocupada —añadió January dándose la vuelta.

January oyó la puerta del establo cerrarse, y segundos después las lágrimas resbalaron por sus mejillas. Bien, aquella vez no había acabado en sus brazos.

El año anterior se había creído profundamente enamorada de Ben. Y se había sentido dolida al descubrir el verdadero motivo por el que él demostraba interés por ella. Tras desaparecer su padre, Ben había puesto los ojos en la granja. No para desarrollar un proyecto como el de Jude Marshall, sino simplemente para hacerse con la propiedad por medio del matrimonio con una de las hermanas. Y eso era lo que le había dolido más: el hecho de que Ben lo hubiera intentado primero con sus dos hermanas, de las que había recibido un firme rechazo. Sólo entonces Ben se había fijado en la pequeña. Y ella, como una tonta, había caído en la trampa.

Exactamente igual que con Max. Sí, sabía desde el principio qué hacía Max allí, y sin embargo seguía amándolo. Sólo que él jamás lo sabría. Así que cuanto antes se marchara, mejor.

Ésa fue la razón por la que aquella noche January se mostró tan fría con Max durante la visita a Josh. No fue fácil acceder a la

habitación del hospital, vigilada por la policía. Josh tenía muy mal aspecto. Tenía un fuerte golpe en la sien izquierda, donde le habían dado unos cuantos puntos, una enorme brecha en la barbilla y un brazo escayolado.

—Hola —saludó el herido—. Sara acaba de marcharse, lástima que no la hayáis visto. Conseguí convencerla de que no me moriría si se marchaba a casa.

January se inclinó para besar a Josh. Estaba nerviosa. No podía creer que alguien hubiera sido capaz de herirlo deliberadamente.

—¡Quienquiera que te haya hecho esto...!

—Tranquila, January, Sara ya lo ha dicho todo. ¡Y pensar que yo ni siquiera me figuraba que pudiera alterarse tanto! —exclamó Josh.

—Yo, en cambio, sé perfectamente de qué es capaz January —comentó Max.

—¡Y luego lo llaman el sexo débil! —exclamó Josh bromeando—. Prefiero pelear con un hombre... aunque el otro día no tuve oportunidad. El muy desgraciado me pegó con algo en la cabeza, y luego siguió dándome y dándome cuando estaba en el suelo.

—Nadie le habló nunca de las reglas de cortesía, evidentemente —repuso Max.

—No, no lo creo.

January se sentó en una silla junto a la cama. Estaba asustada, absorta. Tanto, que ni siquiera se dio cuenta de que Max se sentaba a su lado y la tomaba de la mano.

—Por suerte Sara ha decidido que no le importa que salga magullado en las fotos de la boda, así que la celebraremos el sábado —añadió Josh—. Me dan el alta mañana.

—¿Alguna pista sobre el asaltante? —preguntó Max.

—Ni una —contestó Josh con desilusión—. Llevaba un pasamontañas, así que no le vi la cara. Lo único que puede servir de ayuda es que recuerdo su voz. La reconocería si la oyera.

January abrió los ojos incrédula.

—¿Se parecía a la mía? —preguntó Max.

—¿Qué? —preguntó a su vez Josh confuso.

—Nada, no importa —contestó Max sin mirar a January.

No cabía duda. Por mucho que ella le hubiera pedido disculpas, Max no olvidaba sus sospechas. Aunque tampoco la culpaba por concebirlas.

—No sé de qué me suena esa voz, he tratado de localizarla, pero no he podido —continuó Josh—. Sólo sé que la había oído antes. En

alguna parte —añadió sacudiendo la cabeza.

Es hora de que el señor Williams descanse —comentó una enfermera entrando en la habitación.

—No he hecho otra cosa que descansar desde que me han traído aquí —se quejó Josh—. Me alegro de volver a casa mañana.

—Y Sara también se alegrará de tenerte cerca —comentó January inclinándose para besarlo una vez más.

Max retuvo su mano mientras ambos se ponían en pie.

—Cuídate —recomendó Max a Josh al despedirse.

—Hasta el sábado —dijo el enfermo mientras se marchaban—. En la boda.

Josh esperaba que Max la acompañara, era evidente. ¿Pero era de extrañar, después de ir a visitarlo juntos y agarrados de la mano?

—No te preocupes, January —bromeó Max—. Seguro que Josh no se da cuenta de que no voy a su boda.

¿Tan evidente resultaba que no quería verlo?, se preguntó January en silencio, en tono de reproche.

—De ahora en adelante voy a seguir una nueva regla —continuó Max al ver que ella callaba—. No pienso ir a ningún sitio en el que no sea bien recibido.

—Max...

—No digas nada, January —la interrumpió él mientras salían del hospital—. ¡Ya he oído bastante! Ya nos veremos —añadió despidiéndose.

—¿No quieres que te lleve de vuelta al hotel? —preguntó ella.

Para ser sinceros había olvidado que ella había ido allí a recogerlo. Y de todos modos prefería estar solo.

—Volveré andando —aseguró él subiéndose el cuello del abrigo.

—Pero...

—Déjalo ya, January.

El hecho de que ella se estremeciera al oír el duro tono de su voz, de que sus preciosos ojos grises estuvieran llenos de lágrimas... fue su perdición. Sin embargo, al mismo tiempo, Max era consciente de que lo mejor era apartarse de ella mientras no supiera exactamente qué hacer. Con January a su lado no podía ni siquiera pensar.

—Josh se pondrá bien, tranquila —añadió Max—. Estará magullado, pero es joven y se repondrá.

—Físicamente sí, pero...

—También —la interrumpió Max—. Tu prima Sara se encargará de ello.

January sonrió por primera vez aquel día. Para alivio de Max.

—Tengo que marcharme —repitió él—. Y conduce con cuidado, ¿quieres?

—Sí, ten cuidado tú también —repuso ella distante, marchándose.

Max la observó. Quizá no volviera a verla. Tenía que reflexionar, y era probable que el resultado de esas reflexiones lo llevaran a América tal y como January deseaba. January se despidió con la mano al salir del aparcamiento. Max siguió observándola, dispuesto a aprovechar hasta el último instante.

Era cierto que Jude no lo despediría, pero en vista de su fracaso Max se estaba planteando la posibilidad de renunciar. No sabía a qué otra cosa dedicarse, pero sí sabía con certeza que no estaba dándolo todo de sí en aquel asunto. Y después de tantos años trabajando para Jude, haciendo de ello su vida, asumir algo así no resultaba precisamente fácil.

Necesitaba tiempo para decidir qué hacer. Max caminó media hora por la nieve hasta llegar al hotel. Y una vez allí tomó un baño. Entonces el teléfono volvió a sonar, pero Max no contestó. La caminata no había servido para aclararle las ideas.

—¿Es que nunca te vas a casa? —preguntó Max sonriente en dirección a John, entrando en el bar.

—Creía que ésta era mi casa —sonrió el barman sirviéndole su habitual whisky—. Me sorprende que aún estés aquí.

—Sí, el negocio me está llevando más tiempo del que esperaba —contestó Max encogiéndose de hombros.

John era la única persona del lugar que lo recibía bien. Era una lástima. Max había desconectado otra vez el móvil para evitar que Jude interrumpiera sus reflexiones. Aún tenía que decidir sus planes de futuro.

—Pues no creo que tanta nieve ayude mucho —comentó John—. Yo... ah, ahí viene Meridew, de ronda otra vez. Yo he faltado las dos últimas noches, pero tengo entendido que lleva toda la semana merodeando por aquí —explicó John marchándose para fingir que estaba ocupado.

—¡Señor Golding! Confío en que siga disfrutando de su estancia con nosotros.

Max se volvió y vio que llevaba la mano derecha vendada.

—Por supuesto —contestó Max—. ¿Una herida de guerra?

—Sólo me he torcido la muñeca. Bien, si no hay nada que pueda hacer por usted...

—Yo no he dicho eso —contestó Max evitando que se marchara.

Max comenzaba a sospechar. Josh había dicho que conocía de algo la voz de su asaltante, y Peter Meridew había tenido unas palabras con él y sus amigos la noche del sábado en que los jóvenes estaban de fiesta. Además, según parecía, el director del hotel vigilaba mucho el bar las noches en que January cantaba. Y además tenía una mano vendada.

Todo pruebas circunstanciales, al fin y al cabo. Como abogado, Max sabía que nada de eso serviría para demostrar nada.

—¿Sí? —preguntó el director del hotel.

—Eh... probablemente siga en el hotel un par de días más —contestó Max improvisando.

—Estupendo, no hay ningún problema, señor Golding —aseguró Peter Meridew—. Llame a recepción la mañana de su partida y la cuenta lo estará esperando.

—Gracias.

—Lamento oír eso —murmuró John en cuanto el director desapareció—. En este trabajo es difícil encontrar a las mismas personas dos noches seguidas, y menos aún durante una semana.

—¿Qué le ha pasado de verdad en la muñeca?

—Bueno... —sonrió John mirándolo con un gesto cómplice—, según dice se la torció colocando unos armarios en casa, pero todos creemos que la señora Meridew lo pegó.

—¿Existe la señora Meridew? —siguió preguntando Max.

—Sí, la trae todos los años para la fiesta de Navidad de los empleados, y te aseguro que es una mujer formidable. Es dos veces más corpulenta que él, y evidentemente es quien lleva los pantalones en casa... por eso seguramente tiene ese genio cuando está aquí.

En otras circunstancias Max habría encontrado divertida aquella descripción, pero en ese caso... Evidentemente Peter Meridew sentía inclinación hacia January. Y estaba en el bar la noche en que Josh la besó. Además llevaba toda la semana vigilando el bar, y la herida de la muñeca resultaba sospechosa. Más aún, era muy probable que su mujer le hiciera la vida imposible en casa. Aun así las pruebas seguían siendo circunstanciales, pero merecía la pena investigar.

—Tengo que hacer una llamada telefónica —le dijo

Max a John terminándose el whisky—. Que disfrutes el resto de la noche.

—¡Es difícil! —exclamó John.

Max sonrió y abandonó el bar en dirección a su habitación.

Necesitaba averiguar cierta información antes de llamar a la policía, pero si sus sospechas eran correctas… Fue May quien contestó al teléfono en la granja Calendar.

—Hola, May, soy Max. ¿Puedo hablar con January?

—No está aquí —contestó May contenta.

—¿Dónde está?

—Max…

—Necesito saberlo, May.

—¿Para qué?

Porque sospechaba que January era la pieza central del último ataque del asaltante. Porque creía que el director del hotel era el asaltante. Porque necesitaba asegurarse de que ella no estaba en peligro en ese preciso momento. Pero no podía decirle todo eso a May sin alarmarla.

—Creo que acabo de oír su coche, si esperas un segundo… —añadió May.

Max esperó.

—¿Sí? —contestó January al fin.

Nada más oír su voz Max se sintió aliviado. Aunque teniendo en cuenta que Peter Meridew estaba trabajando probablemente sus miedos fueran infundados.

—¿Dónde has estado? —preguntó Max bruscamente—. Creía que volverías directamente a casa.

—No es asunto tuyo, pero he ido a ver a Sara —explicó ella.

—¿Qué tal está?

—Destrozada, imagínatelo. Max, ¿para qué llamas?

Max suspiró. Comprendía por su tono de voz que estaba molesta con él. Probablemente por su forma brusca de tratarla horas antes.

—Quiero hacerte una pregunta, January.

—Max…

—Sólo una pregunta —insistió él—. No volveré a molestarte. Al menos por esta noche…

—Está bien —accedió ella al fin, tras tomarse unos instantes—. Adelante, pregunta.

—¿Cuánto tiempo llevas trabajando en el hotel?

—¿Cuánto tiempo…? ¡Max!, ¿qué tiene eso que ver con…?

Mucho, si sus sospechas eran ciertas. Pero Max no quería alarmarla.

—Sólo quiero saberlo —contestó él con una evasiva.

—Unos siete meses, creo —dijo ella suspirando irritada—. Sí, pronto harán siete meses. Comencé en Mayo. ¿Pero por qué… ?

—Eso era lo que quería saber —la interrumpió Max.

Siete meses. Siete asaltos. Lo que al principio parecía una sospecha infundada comenzaba a tomar cuerpo.

—¡Max…!

—Te prometí que sólo te haría una pregunta. ¡Que duermas bien! —exclamó Max colgando.

¿Qué hacer? Por supuesto podía equivocarse. Podía estar viendo pistas donde no las había. Al fin y al cabo los asaltos habían sido a seis mujeres, a excepción del último. ¿Podía acudir a la policía sólo con sus sospechas, o debía esperar un poco más? Tampoco Max disponía de mucho tiempo…

Pero una cosa sí era segura: no volvería a América en un futuro próximo. Tendría que retrasar el viaje. Porque no estaba dispuesto a marcharse a ninguna parte sin asegurarse primero de que January estaba a salvo.

## Capítulo 11

LA NOCHE del jueves January entró en el bar del hotel a cantar y encontró una vez más a Max sentado en la barra.

—¿Aún aquí? —preguntó a modo de saludo—. ¿Es que no tienes ninguna viejecita a la que echar de su casa ahora que nieva? Buenas noches, John.

Desde la llamada telefónica de Max la noche anterior, January había cambiado de estado de ánimo constantemente. Alternaba la confusión con la indignación. Confusión por lo extraño de la pregunta de Max, e indignación, que indudablemente pesaba más, por el hecho de que él metiera las narices en donde no le importaba.

—Buenas noches para ti también, January —saludó Max girándose en el taburete para observarla—. Creo que ya no queda nieve, así que no puedo echar a la calle a ninguna viejecita.

—¡Tu jefe quiere transformar Hanworth Manor en un hotel y balneario de lujo! ¡Con piscina cubierta y campo de golf! —exclamó January, que había conocido la información por medio de March—. ¡Y esto es Yorkshire, Max, no el sur de Francia!

—¿No crees que a la gente de Yorkshire les gusten los baños de belleza y salud?

—Al contrario, seguro que les gustan —contestó January—, pero me parece que tu jefe no ha tenido en cuenta el clima. La nieve de hace unos días es típica en esta época del año.

—Todo eso son especulaciones tuyas, January... —sacudió Max la cabeza.

—Pues no —contestó ella satisfecha—. Y vas a encontrarte con una gran oposición a la idea, ¿sabes?

De eso no estaba del todo segura, pero sí de que la información era cierta.

—Dirigida por las hermanas Calendar, sin duda.

—Sin duda —repitió ella—. No creo que a nuestras ovejas les guste que les pasen las pelotas de golf silbándoles por los oídos.

—Quizá debiéramos hablar de esto en otro momento —sugirió Max.

—Sí, podríamos hablar de lo extraña que fue tu llamada telefónica de anoche, si te parece mejor.

—Preferiría que no informaras a todo el mundo de nuestras conversaciones telefónicas —musitó Max serio acercándose a ella y mirando a su alrededor.

Sólo había tres personas en el bar aparte de ellos: John, detrás de la barra, y una pareja en el extremo opuesto que no dejaba de besarse. January hizo un gesto despectivo.

—¿Y bien?, ¿para qué quieres saber cuándo comencé a trabajar aquí?

—Curiosidad, eso es todo —contestó él encogiéndose de hombros.

—¿Curiosidad?

—Así es, ¿no deberías haber empezado a cantar ya? John me ha dicho que Peter Meridew no está de buen humor esta semana.

January lo había visto con sus propios ojos nada más entrar en recepción. Peter Meridew había mirado el reloj nada más verla. Y todo porque llegaba cinco minutos tarde.

—¡También tú deberías charlar menos con los empleados y dedicarte al negocio para el que te pagan! —exclamó January.

—Las hermanas Calendar son mi negocio, y como tú eres una de ellas...

En otras palabras, no pensaba marcharse. En toda la noche.

El bar, sin embargo, fue llenándose durante el transcurso de la noche, lo cual permitió a January centrar su atención en otras personas aparte de Max. Después de todo él no se quedaría en Yorkshire toda la vida.

—Te acompañaré al coche —se ofreció Max mientras ella recogía sus cosas al final de la actuación y el bar comenzaba a vaciarse.

—No hace falta —se negó ella—. John se ha ofrecido antes.

—A menos que prefieras que te acompañe el señor Golding —repuso John—. Se me ocurrió que, después de lo ocurrido la noche del lunes...

—No importa —contestó Max en dirección a John—. ¿Lo ves, January? No soy el único que piensa que deberías tener más cuidado.

Si le molestaba no poder acompañarla, Max no lo demostró. Eso la desilusionaba. Aunque en realidad era ridículo. Había aceptado el ofrecimiento de John para no tener que aceptar el de Max, pero luego se enfadaba con Max por no insistir.

—Sé cuidar de mí misma —alegó January.

—Mejor prevenir que curar —respondió Max.

—Es un poco tarde para clichés —comentó ella.

—Asegúrate de que la ves subirse al coche y marcharse, John. Suele distraerse —recomendó Max a John.

—¡Eres un...!

—Buenas noches, January —se despidió Max besándola suavemente en los labios—. La dejo en tus manos, John.

January lanzó a Max una mirada airada y salió a toda prisa del bar. John la siguió a duras penas. Parecía tener problemas con una pierna, cojeaba.

—Me torcí el tobillo jugando al fútbol el fin de semana —explicó el barman—. ¡Me hago viejo!

—Si eso te divierte —repuso January consciente de que Max los seguía hasta los ascensores.

—¡January!

January se volvió. Era Peter Meridew, que se dirigía hacia ella. Justo lo que necesitaba para terminar el día.

—¿Podría hablar unos segundos con la señorita Calendar? —preguntó el director del hotel en dirección a John para que los dejara solos.

—Entonces hasta mañana, January. Señor Meridew —se despidió John con un gesto de la cabeza, marchándose de mala gana.

¿Cuál era el problema?, se preguntó January frustrada. Cierto, había llegado cinco minutos tarde, pero también se había quedado un cuarto de hora más.

—¿Te importaría venir a mi despacho? —preguntó Peter Meridew serio.

—¿Y no podríamos hablar mañana por la noche? —sugirió ella.

Al fin y al cabo era la una y media de la madrugada.

—Hoy he recibido una visita de la policía en relación con los asaltos que están teniendo lugar en esta zona —contestó Peter serio.

—¿Y qué tiene eso que ver conmigo?

—Nada, a nivel personal, pero me sugirieron que cambiáramos de costumbres en relación con la seguridad de ciertos empleados.

—¿Sí?

—Me temo que tendremos que prescindir de tus servicios mientras la policía no encuentre y arreste al autor de los asaltos —dijo al fin Peter Meridew inclinando la cabeza.

—¿Qué?

—Sí... por supuesto puedes seguir trabajando esta semana —se apresuró él a añadir.

—¡Qué amable! —exclamó January sarcástica, demasiado enfadada y cansada como para mostrarse educada.

—Te aseguro que esto no me hace más feliz que a ti —suspiró

Peter Meridew—. Estamos muy contentos con tu trabajo, pero según parece uno de nuestros huéspedes se ha quejado porque abandonas el hotel a altas horas de la noche tres días a la semana, y sola...

—¿Uno de los huéspedes? —lo interrumpió January volviendo la vista hacia el ascensor.

Tal y como sospechaba, Max había subido a su habitación. Pero no hacía falta ser adivina para saber qué huésped se había quejado. O para saber por qué lo había hecho. Al fin y al cabo Max estaba a las órdenes de Jude Marshall, y se proponía arruinar a las hermanas Calendar como fuera. Todo con tal de echarlas de la granja. Primero conseguía que la despidieran a ella, y luego se ocuparía de March. January sonrió.

—No creo que la policía tenga la suficiente autoridad como para ordenarte que me despidas.

—No te estoy despidiendo, January —contestó el director ruborizado—. Pero, después de considerarlo, soy de la opinión de que es el mejor modo de evitar problemas. De momento. Pero, por supuesto, no queremos prescindir de tus servicios para siempre.

—¿Te han dicho qué huésped se ha quejado?

—Pregunté, pero... no quisieron decírmelo —contestó Peter Meridew—. Aun así creo que es en interés de tu seguridad, y por eso...

—Tienes que prescindir de mis servicios —terminó January la frase por él—. ¿Valdría de algo mi opinión?

—January...

—Está bien, Peter —lo interrumpió ella impaciente—, lo comprendo. Si no te importa, me marcho.

—No, en absoluto. ¿Quieres que te acompañe al coche?

—No, tengo algo que hacer primero... pero gracias —contestó January.

Si Max creía que iba a salirse con la suya, iba a llevarse una sorpresa. Porque January tenía intención de subir a su habitación y decirle exactamente lo que pensaba de él.

En otras circunstancias Max habría estado encantado de que January llamara a la puerta de su suite a la una y media de la madrugada, pero un leve vistazo a la expresión de su rostro bastó para desilusionarlo. Sus ojos ardían, estaba colorada... en resumen: estaba furiosa.

—¿Quieres pasar...? Sí, sin duda —murmuró Max al verla pasar por delante de él.

Max cerró la puerta y la siguió. Algo ocurría. Y tenía que haber sucedido durante los quince minutos que habían estado separados tras abandonar el bar.

—¿Una copa? —sugirió él.

—No, pero adelante. Tómatela tú. ¡A ver si te atragantas !

—En ese caso... creo que yo tampoco tomaré nada.

—¡Lástima! Acabo de hablar con Peter Meridew...

—¿Qué? —preguntó Max alarmado.

—Ya lo has oído —contestó January en tono acusador—. ¡Estarás contento, me han despedido!

—¿Qué?

Decir que eso era lo último que esperaba no habría servido de nada, así que Max calló.

—Max, tu oídos están perfectamente, y no tengo intención de repetir cada palabra que digo. Me han permitido quedarme hasta finales de esta semana, pero después de eso prescinden de mis servicios. De momento —añadió January de mal humor—. Y los dos sabemos por qué, ¿verdad?

Max la observó perplejo. Dadas las circunstancias, la medida adoptada por Peter Meridew no tenía ningún sentido para él.

—¿Eso crees?

—Así no vas a conseguir echarnos de la granja, Max —continuó January—. Encontraré otro empleo, y tú volverás a estar como al principio.

Era increíble. January creía que lo había hecho a propósito. Max comenzó a enfadarse.

—No, escucha...

—Escucha tú —lo interrumpió January—. Puede que hayas conseguido que pierda el empleo, pero eso sólo te servirá para que mi decisión de no vender sea aún más firme.

—January...

—¿Vas a negar que has sido tú quien se ha quejado a la policía por el hecho de que me vaya del hotel a altas horas de la noche? Queja que ha llegado a oídos de Peter Meridew, claro, debido a los asaltos nocturnos que se han producido últimamente.

Max hizo una mueca. No se había quejado exactamente, sólo había hecho una sugerencia. En el curso de su conversación con la policía sólo había mencionado que no era buena idea que ella abandonara el hotel sola pasada la medianoche. Ni que viajara un camino tan largo a casa. ¿Cómo iba a saber que el estúpido del director iba a despedirla?

Además, si sus sospechas eran ciertas, la reacción del director no tenía ninguna lógica... Si sus sospechas eran ciertas... Y según parecía no lo eran, si Peter Meridew la despedía. A menos que se tratara de una estrategia del director para desviar la atención... aunque no comprendía cómo.

—Escucha —dijo Max respirando hondo—, admito que durante mi conversación con la policía acerca del altercado en el bar con Josh puede que mencionara tus...

—¡ Ah, así que lo admites! Bien, pues...

—¡Por el amor de Dios, January, escúchame!

—¡No! —negó ella tensa—. ¡Escúchame tú a mí! ¡Apártate de mi vida!, Max. ¡Y de la de mis hermanas! ¡Aléjate de nosotras! —exclamó January respirando agitadamente.

Jamás la había visto tan preciosa.

—¡January...! —exclamó él a su vez alzando las manos.

—¡No me toques! —añadió ella dando un paso atrás.

Aquello fue demasiado para Max, no lo pudo evitar. Su decisión de permanecer distante emocionalmente de ella se evaporó como la niebla. No podía soportar que lo mirara así. Simplemente no podía. Max trató de estrecharla en sus brazos, pero ella luchó y lo golpeó con los puños en el pecho.

—¡Suéltame, Max! —gritó ella apretando los dientes y empujándolo.

—No puedo.

—¡Suéltame, Max, o...!

—¿O qué?

De pronto ella se quedó quieta. Sus ojos estaban llenos de lágrimas al alzar la vista hacia él.

—No quiero esto, Max —dijo ella con voz ronca—. ¿Es que no lo comprendes?

Lo comprendía demasiado bien. Estaba ansiosa por apartarse de él, por perderlo de vista. Max sintió un dolor agudo como jamás antes había sentido. En aquel momento habría hecho cualquier cosa por borrar el desprecio del rostro de January. ¡Cualquier cosa!

—Eres tú la que no comprende —repuso él respirando hondo—. Si he hecho eso, si le he dicho a la policía que volvías a casa sola tan tarde ha sido por una razón, y sólo por una razón...

—Y los dos sabemos por qué razón, ¿verdad? —terminó January la frase por él.

—¡Lo he hecho—porque me importas! —exclamó él tomándola de los hombros y sacudiéndola—. ¡Porque me importas!

—Sólo hay una cosa que te importe, Max —negó ella sacudiendo la cabeza—. ¡Tú mismo!

Quizá eso hubiera sido cierto una vez. Quizá aún lo fuera de alguna manera. Pero no de la manera a la que ella se refería. Max sacudió la cabeza.

—Eres una cabezota y una...

—Sí, soy cabezota —confirmó ella con desprecio—. ¡Pero prefiero ser cabezota a tener la sangre fría como tú, que no tienes corazón!

Max se quedó de pronto inmóvil, sus brazos cayeron a los costados. Dio un paso atrás y la miró con cautela, ocultando sus emociones.

—¿Es eso realmente lo que piensas de mí? —preguntó en un murmullo al fin.

—¿Y qué otra cosa puedo pensar?, ¿no era eso lo que querías? ¡Claro que sí! —afirmó January respondiendo ella misma a la pregunta—. Después de todo eres Max Golding, el abogado de Jude Marshall. Y ninguno de los dos ha ocultado nunca que no sois partidarios de hacer prisioneros.

¿Era en eso en lo que se había convertido? No, que él supiera. Ni era eso lo que quería llegar a ser cuando comenzó a trabajar quince años atrás... ¿Pero era en eso realmente en lo que se había convertido? La idea no resultaba en absoluto agradable.

—Ya te he dicho todo lo que he venido a decirte —añadió January sin más comentarios, recogiendo su bolso de la mesa sobre la que lo había arrojado—. Pero te lo digo en serio: aléjate de mi familia.

Era evidente que January hablaba en serio, estaba muy enfadada y no se molestaba en ocultarlo. El dolor creció dentro de él. Tanto, que fue incapaz de moverse mientras observaba a January marcharse.

Max sabía que no sólo se marchaba del hotel, salía también de su vida. Para siempre.

Nunca antes había confesado Max a ninguna mujer que se preocupaba por ella. Y se preocupaba más por January de lo que lo había hecho jamás por nadie. Era incluso algo más que preocuparse, se dijo sinceramente a sí mismo. Pero ella, en cambio, lo despreciaba.

Capítulo 12

ALGUIEN la seguía. Al principio, nada más darse cuenta, January había vacilado, pero durante los últimos cinco kilómetros resultaba ya evidente. Cada vez que giraba tomando una carretera local desierta, el coche torcía en el mismo sentido segundos después. De pronto los comentarios de Max acerca de su seguridad a esas horas dejaron de parecerle ridículos. A menos que fuera Max mismo quien la siguiera...

Pero no, January sabía que Max era un hombre decidido, pero no vengativo. Y asustarla de esa manera era cuando menos vengativo. Pero entonces, ¿quién la seguía?

January volvió a mirar por el retrovisor. Las luces del coche seguían ahí, a cierta distancia. La suficiente como para impedirle identificar el coche. Y menos aún al conductor. Pero desde luego no iba a detenerse para averiguarlo.

El asunto no le gustaba nada. Por supuesto podía estar equivocada, quizá ese coche no la siguiera. Quizá su ocupante volviera a su casa de los alrededores. Quizá se estuviera poniendo histérica. Pero había una forma de comprobar sus sospechas. En cuestión de un kilómetro llegaría a la estrecha desviación que llevaba a la granja y sólo a la granja. Si el coche giraba y se desviaba en esa dirección, entonces era porque la seguía.

January se aferró al volante al ver que el coche tomaba la misma dirección. Definitivamente la seguía. Estaba más asustada que nunca en la vida. Pero de pronto recordó. Tenía el teléfono móvil. Era de las tres hermanas, y por el día siempre lo tenía May en la granja. Sin embargo por las noches May insistía en que January se lo llevara al trabajo. Jamás le había parecido necesario, pero en ese momento se alegró.

¿Pero a quién llamar?, ¿a sus hermanas, a la granja? Las dos tenían un sueño muy profundo, y el teléfono estaba en el piso de abajo. ¿A Max? Imposible. ¿A la policía, para contarles que alguien la seguía? Pero, ¿y si se equivocaba? Sí, llamaría a la policía, decidió January dándose cuenta de pronto de que el coche que la seguía se detenía. Sus luces comenzaron a hacerse tenues al entrar January por el cercado de la granja. Segundos después respiraba aliviada al ver al vehículo girar en redondo y volver por donde había venido.

Era extraño. January temblaba de miedo cuando finalmente aparcó y entró en casa. Quizá fuera mejor, después de todo, que no

volviera a trabajar al hotel. Le quedaba únicamente un día, porque tenía el sábado libre para asistir a la boda de Josh. Pero desde luego jamás le daría a Max la satisfacción de saber que tenía razón. Max no tenía derecho a interferir en su vida.

Ni tampoco tenía intención de contarle a sus hermanas que la habían seguido. Bastantes preocupaciones tenían ya. Además, quedando sólo una noche de trabajo no merecía la pena.

—No comprendo —dijo May a la mañana siguiente mientras ambas tomaban café—. ¿Qué razón te ha dado Peter Meridew para despedirte?

—Para echarme —la corrigió January—. ¡Mi propia seguridad!, ¿qué te parece? Pero tranquila, encontraré otro empleo —aseguró con optimismo.

—Entonces, quizá, dadas las circunstancias, debamos reconsiderar la oferta de Jude Marshall de comprar la granja... —repuso May.

—¿Qué? —preguntó January incrédula—. Encontraré otro empleo, May. Además, si vendemos la granja, ¿dónde viviremos?

—March podría vivir en un piso en la ciudad. Se ahorraría muchos viajes. Podríais vivir juntas las dos en un apartamento.

—¿Y tú?

—¿Yo? —repitió May ligeramente incómoda—. Bueno, la cosa es, January, que... bueno, es que... yo...

—¿Qué ocurre? —preguntó January alerta.

—Me han hecho una oferta, ¿sabes? —confesó al fin May—. Bueno, no es exactamente una oferta, es más bien...

—¡May! —exclamó January impaciente—. ¡Suéltalo ya!, ¿quieres?

Las tres hermanas habían sabido siempre que sólo podrían continuar viviendo en la granja si las tres estaban de acuerdo. El hecho de que una sola no quisiera lo cambiaba todo.

—Después de la representación de Navidad un tipo se acercó a mí y me sugirió que podía hacer una prueba para el cine, que... bueno, que...

—¡ May!, ¿en serio?

—El otro día, cuando dije que iba al dentista, no fui del todo sincera —confesó May ruborizándose aún más—. En realidad fui a comer con ese director. Él... según parece vino a pasar las navidades con la familia de su hermana, que vive por aquí, y fue al teatro con ellos. Me vio y... ¡January, si hago la prueba y la paso, quiere que haga un papel en la nueva película que va a rodar este verano!

January no podía creerlo. Sabía que su hermana era buena actriz, pero no tanto. Era un sueño hecho realidad. Más que un sueño.

—Pero, ¿te das cuenta? —continuó May—. Si hago esa prueba, y si el director me ofrece un papel, no podré seguir trabajando en la granja. March y tú sencillamente no podréis hacerlo todo. Con empleo o sin él.

January era perfectamente consciente de ello, pero al mismo tiempo se daba cuenta de que era una oportunidad que May no podía rechazar.

—¡Tienes que hacerlo! —exclamó January decidida—. May, no le habrás dicho que no, ¿verdad?

—Le dije que quizá. Necesitaba tiempo para pensarlo. Después de todo es un gran paso…

¡Pero si tienes éxito…!

—No estoy segura de querer tener éxito —afirmó May.

—¿Pero has pensado en ello?

—Sí —suspiró May—. Y ahora que tú has perdido el empleo y tenemos una oferta de compra para la granja… Todo parece llevarnos en la misma dirección. Quizá sea lo que debamos hacer. No sé, January. Sencillamente no lo sé.

January, en cambio, sí sabía que detestaba tener que decirle a Max que habían cambiado de opinión. Lamentaría ver su expresión de triunfo cuando se lo dijera. Pero May merecía aquella oportunidad.

—Hablemos primero con March a ver qué opina, ¿de acuerdo? —sugirió January.

Estaba segura, sin embargo, de que su hermana reaccionaría exactamente igual que ella. Lo que January en cambio no podía prever era que Max se presentaría aquella tarde en la granja. Quería informarles de que pensaba tomar un avión a la mañana siguiente con dirección a América y de que había recomendado a Jude Marshall construir su complejo alrededor de la granja. La noticia, a todas luces, no entusiasmó a ninguna de las tres hermanas, que lo recibieron en la cocina.

—Era lo que queríais, ¿no? —preguntó Max.

—Sí, eso era —repuso May.

—¿January?

January alzó la vista de mala gana. Él estaba más atractivo que nunca, con su traje de negocios y sus ojos azules hechiceros. Pero January recordaba demasiado bien lo que le había dicho la noche

anterior. Y era muy consciente de lo que estaban a punto de decirle. Pero todo era por el bien de May.

—Sí, eso era lo que queríamos, sí.

—¿Es que habéis cambiado de opinión? —preguntó él frunciendo el ceño.

January alzó los ojos suplicantes hacia May. Ella no podía hacerlo.

—Estamos... pensándolo, sí—comentó May.

Max las miró a las dos incrédulo y sacudió la cabeza. Con toda la razón.

¡Mujeres!, ¿quién podía entenderlas?, se preguntó Max mirándolas a las dos.

La noche anterior no había podido dormir, recordando una y otra vez las cosas que le había dicho January, castigándose a sí mismo por su decisión de no permitir nunca a nadie formar parte de su vida, por no amar nunca a nadie lo suficiente como para dejar que le hiciera daño. Porque January le había hecho mucho daño la noche anterior. Lo había herido más de lo que lo había herido nadie nunca.

Finalmente Max había decidido que lo único que podía hacer era volver a América, explicarle la situación a Jude y dejar que él se hiciera cargo de todo. Porque él no podía seguir...

Y, de pronto, las hermanas Calendar cambiaban de opinión.

Max tomó asiento. Si esperaba a que se lo ofrecieran estaba listo. Sobre todo con lo amable que era siempre January con él.

—¿Quiere alguien explicarme qué está sucediendo? —preguntó Max.

—Siéntate, toma un café —sugirió May dejando una taza ante él.

Hubiera preferido un whisky doble.

—¿Y bien? —insistió al ver que ninguna decía nada.

—Sólo he dicho que estamos pensándolo, Max —respondió May impaciente—. Las circunstancias han cambiado...

—Ya me informó January anoche, sí. Lo sé —asintió Max.

May lanzó una mirada inquisitiva a January, que sacudió la cabeza sin darle importancia.

—No te referías al hecho de que January se haya quedado temporalmente sin empleo, ¿verdad? —continuó Max frunciendo el ceño—. ¿Le importa a alguien decirme qué ocurre?

—¡Sí! —exclamó January.

—No —le contradijo May, mirando a su hermana con una expresión de reproche—. No se puede matar al mensajero, January.

—Me gustaría quedarme a ver cómo matáis a Jude —comentó Max.

—Estás invitado —respondió January de mal humor—. Pero claro, mañana vuelves a América, ¿no?

Lo que de verdad le gustaría sería darle unos cuantos azotes. Y May, que sonreía maliciosamente, pareció adivinarlo. Volver a América no era precisamente lo que hubiera deseado hacer Max, con el asaltante nocturno suelto aún. Pero January lo detestaba de tal modo que tampoco podía quedarse.

Lo desilusionaba la inesperada incertidumbre que de pronto demostraban las hermanas a la hora de vender la granja. En realidad Max había llegado a admirarlas por su resolución, incluso se alegraba en cierto modo de volver a América y comunicarle a Jude la derrota.

Sin duda jamás comprendería a las mujeres, pero el cambio de planes de las hermanas no afectaba en absoluto a sus propios planes. Otro abogado se ocuparía de los detalles.

—Sí, me voy —confirmó al fin Max—. Bien, ¿qué ha ocurrido? —insistió Max volviéndose hacia May, que sería quien, a su juicio, le respondería de un modo más directo—. ¿Se casa alguna de vosotras o algo así? ¡Porque si es January…!

—O algo así —repuso May.

El corazón de Max volvió a latir con normalidad después del paro producido ante la sola idea de que January se casara. Y él ni siquiera se había dado cuenta.

—Un director de cine me ha propuesto que participe en una película que va a rodar este verano —contó por fin May a toda prisa —. Probablemente lo haga fatal, pero…

Así que era a eso a lo que se dedicaba May mientras fingía ir al dentista, se dijo Max. May esbozó una sonrisa cómplice que confirmó su sospecha. Bien, bien, bien… así que May se marchaba a hacer una película. Y March tenía un empleo a tiempo completo. Pero entonces, ¿qué iba a hacer January?

Consciente, según pareció, de la curiosidad de Max, January se adelantó a la pregunta y dijo:

—Siempre he soñado con formar parte del grupo de animación de un crucero.

—¿En serio? —preguntó Max.

—Sí—confirmó January encogiéndose de hombros extrañamente, poco contenta ante la idea de que Max formara parte de aquella reunión familiar.

Max se puso en pie bruscamente con la mirada fija en May y dijo:

—Eso suena fantástico. Espero que te salga bien. He venido aquí porque pensé que tenía la obligación de deciros a las tres lo que pienso hacer mañana —añadió respirando hondo.

Por fin, llegado el momento de despedirse de January, las piernas le temblaban. El corazón le pesaba.

—Eres muy amable, Max —contestó May calurosamente—. ¿Verdad, January?

—Mucho.

—Lo que January quiere decir en realidad es que se alegra de que me marche —la corrigió Max.

—¿Tanto te sorprende? ¡Desde que llegaste aquí no has hecho más que causar confusión!

—¡January! —exclamó May.

—¡Pero es cierto, May! —se defendió January—. Nos ha acosado para que vendiéramos la granja, me ha hecho perder mi empleo, ¡y encima dice que es por mi seguridad! ¡Estoy tan paranoica que hasta creo que me siguen!

Max se puso tenso, alerta.

—¿Te siguió alguien anoche?

—¡Claro que no! —contestó ella irritada—. Sólo me lo pareció...

—¿Y por qué lo creíste? —la interrumpió Max sin alzar la voz.

—Porque evidentemente era alguien que vivía por la zona y volvía a casa a la misma hora que yo.

—¿Seguro?

—Aún estoy aquí, ¿no? —respondió January.

Sí, ahí estaba. Tan resentida con él como siempre. Y tan hiriente con las palabras.

—Así es, pero creo que esta noche tienes que volver al hotel, ¿no? —preguntó Max.

Había una nota sobre el piano del bar en la que se informaba de que aquella noche sería la última actuación de January. Nada más leerla Max desaprobó la medida. Era evidente que Peter Meridew no sabía hacer nada bien. Haciendo público el anuncio proclamaba también que January conduciría a casa sola esa noche por última vez.

—Sí, tengo que volver —confirmó January desafiante—. ¿Te veré allí?

—No me sorprendería.

—¡Ni a mí! —exclamó ella.

Max inclinó la cabeza y luego desvió la vista hacia May. Indudablemente a la hermana mayor no le gustaba el comportamiento de la pequeña.

—Te deseo todo el éxito del mundo en tu carrera de actriz —dijo Max con sincero calor.

—Aún no me he decidido —contestó May ruborizada.

—Pero se decidirá —intervino January.

—Quizá —concedió May—. Que tengas un buen viaje de vuelta.

Una vez más las dos hermanas suponían que vivía en América, pero Max estaba demasiado cansado y hastiado de discutir para corregirlas.

—Gracias. Hasta luego, January —se despidió Max—. O quizá no —añadió riendo.

La risa se le pasó nada más salir de la casa. Max miró a su alrededor. ¿Sería posible que alguien hubiera seguido a January la noche anterior? Ni ella ni él lo sabían en realidad. A January no iba a gustarle, pero definitivamente aquél era un dato que la policía debía conocer. Además, tenía otra llamada telefónica más que hacer aquella tarde antes de volver al hotel a hacer la maleta. Tenía que llamar a Josh.

Quizá a January le pareciera todo una paranoia, pero prefería ser un paranoico y evitar que la atacaran.

## Capítulo 13

¿NO ESTÁ John esta noche? —preguntó Max al entrar en el bar. January se volvió hacia él. No se había dado cuenta de que alguien había sustituido al barman de siempre aquella noche. Max la observó incrédulo. Esa noche January se había puesto un vestido de color escarlata que le llegaba a las rodillas. Ella alzó la barbilla desafiante y a la defensiva mientras él la contemplaba de arriba abajo. January había decidido despedirse a lo grande. Y el vestido ajustado rojo era el resultado de su bravuconería.

—Estaba aquí hace un momento, debe haberse puesto enfermo —contestó ella encogiéndose de hombros—. Supongo que aún tiene problemas con el tobillo. ¡Fútbol! —explicó January desilusionada por no poder estar la última noche con él.

—Jamás he comprendido la fascinación de la gente con ese deporte nacional inglés —sonrió él.

—¿No es tan aburrido como el cricket?

—Desde luego que sí —rió él.

—Si me disculpas —dijo ella bruscamente—. Tengo que trabajar.

—Yo también tengo cosas que atender —asintió él—. Quizá nos veamos luego.

January lo observó marcharse. Al día siguiente se habría ido. Del hotel. De Inglaterra. De su vida. Sólo de pensarlo se le partía el corazón.

Unas cuantas horas y todo habría terminado. Podría derrumbarse tal y como había querido hacer desde la tarde anterior, cuando Max se presentó en la granja para comunicarles que volvía a América.

Quizá fuera mejor que no tuviera que seguir trabajando en el hotel. Nunca habría podido hacerlo sin imaginar a Max allí, y su pérdida habría resultado aún más dura.

January fue consciente de su ausencia durante la primera parte de la actuación, durante la cual Max desapareció. Era extraño lo deprisa que se había acostumbrado a su presencia en el bar por las noches. Aquélla se le hizo más aburrida al faltar él, echaba de menos su intensa mirada azul.

Pero mejor olvidarlo, se dijo mientras tomaba soda durante el primer descanso. Max jamás había formado parte de su vida real, así que era imposible que estuviera destrozada por su ausencia. ¿Cómo lo soportaría?, ¿cómo sobreviviría sin su molesta y

maravillosa presencia?

—Un penique por tus pensamientos.

January se giró bruscamente al oír la voz ronca de Max. Y parpadeó tratando de disimular las lágrimas.

¿No sería mejor un céntimo?

—¿Cuántas veces más lo vas a repetir? —preguntó Max sacudiendo la cabeza—. Yo no vivo en América, January.

—¿No?

—No, y no tengo ni idea de cómo se te ha ocurrido pensarlo.

—Porque dijiste que acababas de llegar de América —explicó ella—. Y Jude Marshall está allí. Supuse que...

—Tengo un apartamento en Londres, January —dijo él en voz baja, escrutando la palidez de su rostro—. Y me da la sensación de que voy a usarlo cada día más en un futuro próximo.

—¿Sí?

—Sí—confirmó Max con satisfacción—. January...

—¿Señor Golding?

Ambos se volvieron al oír aquella voz. January abrió inmensamente los ojos al ver a un policía uniformado.

—¿Sí? —inquirió Max tenso.

—Si pudiera salir un momento, señor.

January también se puso tensa, y al ver a Max ponerse en pie para acompañar al policía dijo enseguida:

—Voy contigo.

—Preferiría que no —contestó él en voz baja.

—Lástima —dijo ella apresurándose a alcanzarlo y agarrarlo del brazo.

—No me van a arrestar, January —bromeó él.

Pero ella no estaba tan segura. Y si acertaba, January tenía la intención de decirle al policía que era un error. Max ni siquiera estaba en Inglaterra cuando se produjeron los primeros ataques.

—¿Es usted la señorita Calendar? —preguntó el policía—. ¿La señorita January Calendar?

—Sí.

—Tranquila, January. No te van a arrestar a ti tampoco —la calmó Max.

—Eso espero —contestó ella indignada.

—No obstante creo que...

Nada más comenzar a hablar Max la puerta del despacho de Peter Meridew se abrió. Y de él comenzaron a salir policías de uniforme y de paisano, dos de ellos con otro hombre gritando y

luchando, arrestado.

—¡John...! —gritó January incrédula.

Max estaba serio. Puso la mano sobre la de ella, que lo seguía agarrando del brazo, y dijo:

—John es el Asaltante Nocturno.

¿John? —repitió ella sacudiendo la cabeza.

Un John por completo distinto al que estaba habituada, con el rostro retorcido y sin dejar de luchar y gritar, salió del hotel detenido entre dos agentes de policía.

¿Era John el asaltante?, ¿era el hombre que había asaltado a seis mujeres, el hombre que había golpeado a Josh, el hombre que...? ¡El hombre que había atacado a Josh!

January alzó la vista hacia Max al comprender la terrible verdad, observando en sus ojos azules y en su expresión seria la confirmación de su sospecha antes de caer desmayada.

Max contempló a January, tumbada en el sofá del despacho de Meridew. Estaba muy pálida, respiraba profundamente. Había conseguido sujetarla antes de que cayera al suelo, la había tomado en brazos y la había llevado al despacho, echando de allí con un gesto de la mano a todo el mundo. Se alegraba de que ella no hubiera oído la conversación que había mantenido posteriormente con la policía, aunque por otro lado le preocupaba qué contarle cuando despertara. Porque Max había visto la verdad en sus ojos grises antes de desmayarse: January había adivinado el motivo por el que John había realizado esos asaltos. Sabía que era por ella...

—Fue por mí, ¿verdad? —murmuró January.

—¿Cómo estás? —preguntó él preocupado, tomando su mano.

January parpadeó. Las lágrimas hacían brillar sus pestañas negras.

—John ha hecho todo eso llevado por un sentimiento erróneo hacia mí, ¿verdad? —repitió ella la pregunta.

—No es culpa tuya, January —respondió él con firmeza—. No debes pensar eso. Ese hombre está obsesionado. ¡Jamás habría podido creer que un loco pudiera parecer tan normal!

—No estoy del todo segura de que ese comentario no se refiera a mí... —sonrió January.

Bien, January recuperaba el sentido del humor. Era un comienzo. Max sonrió.

—Claro que sí —bromeó él—. ¿Te encuentras mejor?

January se incorporó y se sentó a su lado en el sofá. No tenía mejor aspecto, seguía pálida y sus ojos estaban llenos de lágrimas.

—January, tú no podías saberlo —insistió él—. ¡Maldita sea, si yo mismo sospeché de Peter Meridew hasta hablar con Josh esta tarde! Fui yo quien le refrescó la memoria al hablar con él, y entonces Josh se dio cuenta de que la voz del asaltante era la voz del barman del hotel. La policía lleva toda la tarde vigilando a John desde entonces.

—¿Tú lo sabías? —preguntó January—. ¿De verdad lo sabías?

—En parte. El hecho de que el asaltante atacara a Josh fue lo que me dio la pista —contestó Max—. Sobre todo cuando Josh dijo que conocía la voz del asaltante. Sólo que llegué a una conclusión falsa, eso es todo. Supongo que es natural. Peter Meridew también estaba en el bar cuando Josh te besó aquel sábado por la noche, y solía rondar por allí mucho más cuando estabas tú. Pero John también estaba, claro.

—Pero... pero si John se creía con algún tipo de derecho sobre mí, ¿por qué no te atacó a ti?

—Buena pregunta —sonrió Max—. Yo también me la he hecho unas cuantas veces. Quizá pensara que pronto me marcharía, que no sería un problema.—Mientras que Josh y Peter Meridew...

—¿Y por qué atacó a las seis mujeres? —siguió preguntando January.

—Según parece ellas lo rechazaron —respondió Max—. ¿Quién sabe? Es imposible comprender la mente de un loco.

—Quizá me habría atacado a mí si hubiera sido menos amable con él —sugirió January.

—Ni lo pienses, January. John ha sido arrestado —la calmó Max —. Ya no es ningún peligro para nadie, gracias a Dios. Esta noche, cuando llegó a trabajar, se volvió loco al saber que tú no volverías a cantar a partir de esta noche, e inmediatamente adivinó quién era el responsable. La policía lo pilló atacando a Peter Meridew... pero ha dicho ya tantas cosas, que van a acusarlo de todos los asaltos.

—¿Crees que fue John quien me siguió anoche? —preguntó January tragando.

—No, fue la policía, lo he comprobado —respondió Max—. Según parece te seguían a una distancia prudencial, pero mis advertencias debieron ponerte en guardia. Lamento haberte alarmado, January.

January seguía pálida. Sufría un fuerte shock. Era natural. Él también se había asustado, pero había tenido más tiempo que ella para reaccionar. Además January conocía a John desde mucho antes que él, y le tenía aprecio. Sólo que acababa de descubrir que

John no era el hombre que ella pensaba.

Quizá pudiera convencerla de que él tampoco era el hombre que ella creía. Una cosa era cierta: fueran cuales fueran sus planes anteriores, no iba a volver a América. Porque no podía soportar la idea de ir a ninguna parte sin January

Capítulo 14

JANUARY se sentía enferma. Jamás se había sentido tan enferma. John, el amable John, el invisible John... ¿quién habría podido creerlo? Max. Cierto, al principio había sospechado del hombre equivocado, pero había acertado al advertirla del peligro. ¡Y ella le había reprochado que interfiera en su vida!

—Te debo una disculpa...

January se interrumpió al ponerse Max bruscamente de pie.

—No quiero tus disculpas, January. Ni tu gratitud —respondió él apretando los puños.

January se estremeció ante la evidente pasión que demostraba Max. ¿Le extrañaba que estuviera enfadado con ella?

—Comprendo que estés enfadado...

—¡Desde luego que estoy enfadado! —la interrumpió él—. Debería haber cuidado de ti mucho mejor, debería haber comprobado una y otra vez mis sospechas, no simplemente contárselas a la policía... y además tenía pensado marcharme para siempre. Pero ya no me marcho, January. No voy a ir a ninguna parte. ¿Ha quedado claro?

January parpadeó confusa. Era con ella con quien debía enfadarse, no consigo mismo.

—No, no comprendo.

Max se puso en cuclillas a su lado y la miró fijamente a los ojos, diciendo:

—No voy a ir a América ni a ningún otro sitio, January. De hecho, creo que a partir de ahora me voy a pegar a ti como el pegamento.

—Pero... ahora que John ha sido arrestado... ya no estoy en peligro.

—Puede, pero yo sí —afirmó él tomando sus dos manos—. January, tengo que comunicarle a Jude que no pienso seguir disponible para trabajar con él.

—¿Por las cosas que yo te he dicho? ¡Pero no hablaba en serio! Sólo quería...

—No, no es por las cosas que tú me has dicho —aseguró Max—. De todos modos tenía pensado decírselo en cuanto volviera a América.

—¿En serio?

—January, sé que no es excusa, pero cuando que mi madre nos abandonó a mi padre y a mí decidí no permitir nunca que nadie

formara parte de mi vida… sobre todo ninguna mujer… No quería que nadie me volviera a herir, pero tú… —Max se interrumpió y sacudió la cabeza—. Tú te colaste en mi corazón sin que me diera cuenta siquiera. Estoy enamorado de ti. Sé que estoy enamorado de ti —aseguró Max resuelto—. ¡La idea de marcharme y abandonarte, aunque sea por poco tiempo, me está volviendo loco! Y esto que voy a decirte ahora te lo demostrará: estoy dispuesto a aprender a llevar una granja si eso es lo que quieres. Cualquier cosa con tal de pasar el resto de mi vida contigo.

January lo observó con una extrañeza creciente. ¿Había dicho Max que estaba enamorado de ella? Pero la noche del sábado le había dicho también cosas horribles…

—No espero que me correspondas —continuó Max al ver la expresión dubitativa de su rostro—. No podría esperarlo después de cómo te he tratado. He estado tan ocupado protegiendo mi corazón, que te he dicho cosas terribles. No, no espero que me quieras. Sólo te digo lo que siento. Es una declaración de intenciones por mi parte, nada más —sonrió Max—. Pero si dudas, te aseguro que puedo ser muy insistente cuando quiero. Y contigo quiero.

January tragó antes de responder:

—Max, el hecho de que tu madre te abandonara no significa que otra mujer no pueda amarte. Yo tenía tres años cuando mi madre nos abandonó —añadió respirando hondo—, pero eso no me impide amarte con todo mi corazón.

—¿Tu madre os abandonó…? —repitió Max incrédulo—. Pero… ¡por eso tu padre cortó la foto!

—Sí —asintió January—. May siempre ha intentado ocultarnos la verdad, sigue pensando que March y yo creemos que está muerta. Y la dejamos que lo crea. Por eso se muestra siempre tan protectora con nosotras.

—¿Cómo puede una madre abandonar a tres niñas tan preciosas?

—No lo sé, tendrías que preguntárselo a ella —contestó January.

—No comprendo cómo nadie… —Max se interrumpió, mirando de pronto con enormes ojos llenos de incredulidad a January.

Ah, por fin había captado la segunda parte del mensaje. ¿Pero cómo reaccionaría?

¿Era posible que January acabara de decir… ?

January soltó una carcajada nerviosa antes de preguntar:

—¿Cambia algo el hecho de saber que yo también te quiero?

—¿Cambiar algo? —repitió Max—. ¡Cambiar algo! —exclamó

triunfante—. ¡Lo cambia todo! —continuó apretándole las manos—. ¿Seguro que me quieres?, ¿lo suficiente como para casarte conmigo? —preguntó él aún vacilante, incrédulo—. Al fin y al cabo…

—¿Por qué no vuelves a hacerme esa pregunta dentro de cuarenta años?

—¿Cuarenta años?, ¿te casarás conmigo? —siguió preguntando Max, conteniendo el aliento.

—No creo que May esté dispuesta a aceptar nada menos.

—Ni yo quiero ninguna otra cosa —aseguró Max sin aliento—. De hecho quiero más, mucho más. ¡Cuarenta años no me bastan!

Los ojos de January estaban llenos de lágrimas de felicidad. Ella alzó las manos para acariciar sus mejillas y preguntó:

—¿Y cincuenta?, ¿o sesenta?

Max deseaba toda la eternidad. Amándola. Siendo amado…

—¡January!

No podía esperar más. Max la estrechó en sus brazos y la besó con una voracidad con la que ni la eternidad podría nunca terminar.